

La Ilustración Artística

AÑO XXVIII

← BARCELONA 24 DE MAYO DE 1909 →

NÚM. 1.430

HOMENAJE Á ANGEL GUIMERÁ



RETRATO DEL EMINENTE POETA, dibujado por Ramón Casas

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el volumen segundo de la presente serie, que será el segundo tomo de la interesantísima novela de José Selgas

DEUDA DEL CORAZÓN

EL ANGEL DE LA GUARDA

Ilustrado con magníficos dibujos de Mas y Fondevila.

SUMARIO

Texto.— De Barcelona. *El homenaje a Guimerá*, por M. S. Oliver. — *El niño judío*, cuento de A. Guimerá. — Madrid. *Una exposición de obras del Greco. «El Apostolado»* — Valencia. *La Exposición regional*. — Colonia. *Juegos Florales de 1909*. — *La ex emperatriz Eugenia en España*. — *Ladrón de amor*, novela. — París. *Huelga de funcionarios de Correos y Telégrafos*. — *Copa Cataluña. Carrera de «voiturettes»*.
Grabados.— *Retrato de Angel Guimerá*, dibujado por R. Casas. — Dibujos de Sardá que ilustran el cuento *El niño judío*. — *Los principales personajes de las obras más aplaudidas de Angel Guimerá*. — *El Apostolado*, doce cuadros del Greco. — Retratos de las seis señoritas premiadas en el concurso de bellezas de la Exposición regional de Valencia. — *Muelle y murallas de Concarnau*, cuadro de Legout-Gerard. — *Primavera*, cuadro de A. Ramos Martínez. — *Alto relieve de la memoria de D. J. Ponce de León*, escultura de M. Blay. — *Colonia. Juegos Florales de 1909. La princesa Marta del Pilar de Baviera y de Borbón, Reina de las Flores, y su Corte de Amor*. — *Aranjuez. La ex emperatriz Eugenia en la Casa del Labrador*. — París. *Huelga de funcionarios de Correos y Telégrafos*. — *Premios de la carrera de «voiturettes» del circuito del Bajo Panadés*. — *Desconsuelo*, escultura de José Llimona.

DE BARCELONA

EL HOMENAJE A GUIMERÁ

En los cincuenta años de duración que lleva el renacimiento literario de Cataluña, han aparecido dos figuras preeminentes, que consiguieron levantar la cabeza por encima de los Pirineos y asomarse al mundo. Antes de ellos había habido sin duda talentos distinguidos, poetas inspirados, popularizadores de la nueva tendencia, organizadores del incipiente teatro catalán. Se había dado el caso de personalidades muy selectas como D. Mariano Aguiló—para citar un solo ejemplo—que desarrollaron una influencia persistente sobre la juventud y fecundaron tantos espíritus, conquistándolos para la causa de la restauración. Pero ella se moría aun dentro de los propios límites territoriales, sin haber tenido quien la sacara fuera, en triunfo, y desplegara a los ojos de Europa el estandarte de esta cruzada espiritual, hasta que aparecieron Verdaguer y Guimerá.

Verdaguer estableció, por primera vez, el contacto de esta nueva literatura con la humanidad abierta y sin fronteras. Él planteó ante el mundo la primera interrogación y la primera curiosidad, haciéndole saber de un viejo idioma que resucitaba a la existencia del gran arte y se reanimaba incendiándose con el incendio interior de la poesía. Por él se supo que la gracia acababa de descender sobre un pueblo dormido en la historia, sumiéndole en estado poético, en heroica y pacífica exaltación. Su colosal visión de *L'Atlántida* toma ahora aspectos de recóndito simbolismo, como si aludiera a la desaparición de un gran continente de la cultura humana que se hubiese hundido en las profundidades del tiempo y volviese a aparecer a la superficie, después del descenso de un diluvio.

Y tras de Verdaguer vino Guimerá... Un joven alto, de facciones energéticas que, bajo una aparente dureza sombría, encerraba un alma toda ternura y un corazón blando como la cera, se dió a conocer en los Juegos Florales, allá por los años de 1875, ganando un pobre accésit. Desde entonces su personalidad inconfundible y vigorosa se fué imponiendo, primero al grupo de los profesionales y, sucesivamente, a los círculos más amplios del público, de la multitud y de la universal nombradía.

Este es el hombre a quien Cataluña consagra en los actuales momentos su homenaje. Los homenajes de nuestros días luchan con el inconveniente de la limitación del sentimiento de la gloria, a causa de la limitada comprensión que el genio ó el talento encuentran en las muchedumbres. Incluso cuando se habla de celebridades eminentemente populares, como Guimerá entre nosotros, esta popularidad es incompleta y no se extiende a todo un país. Grandes porciones del mismo están excluidas del comercio de las ideas y de la participación de las fruiciones artísticas. Los pueblos han perdido su originaria cohesión. Han surgido las clases «intelectuales» en oposición a las clases ingenuas, sencillas y humildes. El mundo, según la fuerte expresión de Heine, se

ha partido en dos. Se ha roto aquella solidaridad propia de las edades de oro y de la infancia de los pueblos, que ponía a la misma altura y en íntima comunión al patriarca y al niño, al esclavo y al príncipe. Ha desaparecido, en suma, la unidad épica que conglomeraba a los pueblos en organismos vivos y hacia del vate ó del cantor el intérprete total del alma de las multitudes.

Sólo al teatro parece reservado actualmente el privilegio de llegar a todas las zonas y capas de la sociedad. Y por el teatro ha logrado Guimerá enseñorearse del alma de Cataluña, en todo el sentido y extensión que puede darse a esta palabra. Guimerá ha hecho conocer a Cataluña, por primera vez en su propia lengua, la emoción de lo trágico. Ha ennoblecido su proscenio prestándole los acentos de la alta poesía. Y hasta cuando ha presentado sobre las tablas un pastor de las cumbres, como Manelich, ha parecido que sus abarcas montañesas adquiriesen el prestigio del antiguo coturno.

El autor de *Gala Placidia* rescató la escena de manos de la parodia, de manos de la comedia menestral, de manos de un arte casero y de barrio, demostrando que con el mismo idioma y aun por medio de los mismos personajes humildes y populares, era posible remontarse a regiones superiores y a ideas trascendentes. La elevación del arte no depende de la categoría social de aquellos personajes, ni del ambiente, rústico ó exquisito, en que se presentan. Depende de la elevación del autor, del vuelo del poeta, de la potencia del artista. Con escenas de salón y figuras de la más alta sociedad, pueden y suelen producirse cosas enteramente cursis y chapuceras. El poeta propiamente tal, dignifica cuanto toca, y en la llama de su inspiración arden con la misma luz purísima las maderas olorosas y los residuos viles é impuros.

La dramaturgia de Guimerá penetró en el teatro catalán como una ráfaga violenta y ardiente que agrandó el escenario y abrió, en el fondo, ancho boquete sobre los horizontes lejanos, sobre las perspectivas extensas, sobre la prolongación ideal de los argumentos encerrados antes en la estrechez del tablado y en las limitaciones del *terre à terre*. El mismo idioma, sin perder su áspera energía, se depuró y ennoblecó también, convirtiéndose en «púrpura» de rozagante elocuencia. Conquistó el don de lo magnífico, que antes no poseyera, y con llave de oro le abrió el dominio de las cosas espléndidas, el arca de las joyas y pedrerías de la moderna imaginación, sabiéndole conservar su austeridad originaria entre el fausto y la riqueza que de improviso se le vinieron a las manos.

Porque Guimerá es, esencialmente, un poeta que no abdica un instante de su poder de alucinación: lírico en sus tragedias y dramas, dramático en sus composiciones líricas.

Así como Verdaguer había ablandado el idioma para que pudiese recibir y contener la plena impresión de la naturaleza y aun la visión panorámica de lo geográfico, Guimerá comunicó al catalán *el sentido de lo grandioso*, moralmente hablando. Antes de él no se había oído aquí el lenguaje de la alta fantasía, el comentario de los grandes infortunios universales y de los grandes espectáculos de la historia y la leyenda. Es un poeta profundamente catalán, pero es el menos *localista* de todos los que integran el renacimiento. Es el que más se acerca, en los momentos culminantes de su obra, a las corrientes universales y eternas del pensamiento y de la emoción estética. *Terra baixa* y *Mar y cel* entre sus tragedias; *Cleopatra*, *Romiatje*, *L'any mil*, entre sus versos, para no citar más títulos, bastan a poner de manifiesto esta facultad de universalización, de la cual conserva entre sus contemporáneos la doble primacía del tiempo y de la importancia intrínseca.

Por medio de sus obras, en gran parte, la lengua catalana tomó asiento en el coro de las lenguas aptas para los asuntos de mayor elevación, adquiriendo carta de plena ciudadanía literaria. La labor de Guimerá no pertenece al simple dominio de una antología regional, benévola y coleccionada: entra por derecho propio en la región de los valores absolutos y del interés general y perenne.

No nos habla ya, exclusivamente, de las romerías de su pueblo, ni de la barretina y el somatén. No se limita a exhumar las pequeñas leyendas ó los pequeños heroísmos de su comarca, ni a cantar las bellezas campesinas, los ríos familiares, las flores rústicas del Panadés ó del Ampurdán. Incluso cuando escoge temas patrióticos y locales, es visible su preferencia por aquellos que vienen ya sublimados por remota celebridad, ó han sido objeto de adopción en las letras clásicas antiguas y pertenecen al patrimonio común de la historia humana. En suma: Guime-

rá insufló en su idioma el aliento de las supremas ascensiones y ensayó el vuelo por los grandes espacios, abandonando resueltamente el corral de la masía y el campanario de la parroquia.

Tanto como es conocido el teatro de Guimerá suele andar desconocida su producción de poeta. Aun quienes la tienen leída es de un modo intermitente ó parcial, y pocos son los que aciertan a representarse la semblanza de este último romántico entre los grandes románticos de Europa: de este romántico sombrío, adusto, de trazos enérgicos y crudos, de luz y sombra terribles, con una impresión extraña de misantropía que se complace en la soledad de los inmensos horizontes y de las inmensas llanuras devastadas, al modo de Alfredo de Vigny, y como Vigny, cantor de las cosas horribles, de los cataclismos, de los pánicos milenarios, de las esperanzas mesiánicas y de la desolación del mundo pasmado por el terror del Anticristo. Así removió todos los tópicos del romanticismo espectral y «macabro», todos los temas grotesco-lúgubres de descendencia shakesperiana y de inmediata filiación de Víctor Hugo: danzas de la muerte; canciones sarcásticas del esqueleto; baladas de verdugos, bufones y monstruos; evocación ó rehabilitación estética de los parias de la vida y de los tipos eternos de la deformidad.

Esta imaginación violenta, esta inspiración insuperable en el apóstrofe y en el furor—recuérdese el fragmento contra los profanadores de Poblet,—es el distintivo del poeta catalán a cuya glorificación asistimos. Sus facciones, su figura, no hacen traición a esta índole de su talento: en su fisonomía angulosa parecen advertirse los rasgos esenciales de la máscara trágica. Existe correspondencia innegable entre aquella fisonomía y estos versos suyos, que no excluyen la más honda ternura ni el más acendrado candor infantil. Yo siento una extraña predilección por tales artistas sinceros, cuya sinceridad se revela ya, desde luego, físicamente, plásticamente, por la armonía entre la expresión ó actitud personal y la expresión literaria y las tendencias del pensamiento. Hay poetas intermitentes, «doblados» y (permítaseme este galicismo) de un hombre utilitario y burgués; poetas á ratos, con horas lúcidas de hormiga y momentos perdidos de cigarra, que se emocionan periódicamente y en días hijos.

Hay otros en cambio, los menos, á quienes la Musa ha hecho enteramente suyos, marcándoles con un sello imborrable y divino. De esta dignidad, y unción ha recibido carácter su vida entera. Son los elegidos, son los *poetas* en el alto sentido de la palabra. Lo son á todas horas, en todos los momentos, en todas las circunstancias. Lo proclaman en todas sus acciones y en todas sus omisiones, lo mismo en sus excelencias que en sus defectos. Lo proclaman en su candidez, en su ingenuidad, en sus raptos de ira, en su ineptitud para la vida práctica, en su andar de sonámbulos, vacilantes entre la multitud, en el penoso y desgarrado arrastrar de sus alas de *albatros*—aquellas alas de los albatros de Baudelaire, sublimes en el vuelo, grotescas y desmesuradas en la marcha á ras de tierra.

Guimerá no puede tener otra profesión: poeta. Poeta de la patria tanto como de la humanidad, ligado á su religión y orden ideal por voto solemne y jamás violado. Poeta en todos los instantes, con toda la plenitud de su alma y de su vida, con vocación excluyente que no deja lugar á los demás afectos y ambiciones de la juventud: ni al lucro profesional de una gran carrera, ni á los agasajos de la fortuna ó del poder, ni hasta á los fueros del corazón ardiendo, como una lámpara solitaria, en orfandad y celibato... Los pueblos tienen su supremo instinto. Conocen estas vocaciones inconfundibles y acaban por coronarlas y exaltarlas.

MIGUEL S. OLIVER.

ANGEL GUIMERÁ, DIBUJO DE RAMÓN CASAS

Gracias á la galantería del excelente artista Ramón Casas, podemos reproducir en la primera página de esta Revista el notable retrato del dramaturgo Angel Guimerá, á quien acaba de rendir Cataluña el homenaje de respetuosa consideración por sus merecimientos y por su gran significación en el renacimiento de las letras catalanas.

La obra á que nos referimos forma parte de la colección de doscientos retratos de otras tantas personalidades que se han distinguido durante el período de algunos años en todos los ramos del saber, representando en cierto modo la intelectualidad de Cataluña, y singularmente de Barcelona, en el lapso en que se produjeron, y que como verdadera manifestación de la actividad figurarán en el Museo Artístico de nuestra ciudad, por haber hecho de ellos donación su autor; teniendo, por lo tanto, una doble importancia, cual lo es la de ser cada obra un documento de inestimable interés y una producción de un artista eximio.

El retrato de Guimerá es digno del retratado y de la justa fama del ilustre pintor.

EL NIÑO JUDÍO, CUENTO DE ANGEL GUIMERÁ. Dibujos de J. Sardá



Él y Niceta, que así llamaban á la chica, vendimiaban siempre en el mismo paraje

Una mañana los labriegos, al pasar el puente de la Rigala, oyeron unas quejas que vendrían del fondo del torrente; los más azorados, entorpecidos aún por el sueño, se persignaron bajo los pliegues de la manta, seguros de que un alma en pena gemía por aquellos andurriales; los demás no volvieron tampoco la cabeza; aquello serían chillidos de alguna bestia montaraz. Pero cuando ya el sol imperaba en la altura, María Rosa, que había lavado en el torrente, subió llevando en la cabeza la ropa aclarada, y recogido en el delantal, como nido de mirlos, un chiquillo de ojos retozones, de cabecita dorada y sedosa como la pelusa de la flor del aroma. Habiale encontrado en la cueva de los pobres, chupando con ahinco el pecho extenuado de una mujer que sin duda había perecido de frío y de miseria. Y mientras María Rosa, yendo calle arriba, contaba su historia, rodaban por sus mejillas, ora una lágrima, ora una gota caída de la cesta.

La buena mujer, que era todo corazón, previa consulta con su hombre, guardó al angelito de Dios. No tenían chiquitines, y alcanzaran la suma felicidad al lado del recién venido, de no haber la justicia hallado á la difunta un cañuto de hojalata conteniendo un papel, por el cual, tras mucho inquirir, se descubrió que ella y su hijo procedían de tierras muy lejanas, y que eran—y en esto radicaba el daño—de estirpe judía. Claro que en seguida bautizaron al chico, dándole un nombre muy cristiano; pero nadie hubiera podido extirpar la zozobra del ánimo de aquella gente sencilla, que empezaba entre risas á acariciar al niño, y acababa poniendo cara de pesadumbres, llegando muchas veces á discutir de firme si le mandaban ó no á la Inclusa; mas cuando uno cedía, otro resistía; que al fin ambos querían entrañablemente al pobrecico. A María Rosa no la dejaba en paz su parentela; decíanle con aspereza que se arrepentiría de habérselo ahijado, porque mañana ó al cabo de años mil confirmaría el chico su mala sangre, y era notorio—decían—que algunas señales misteriosas de su figura declaraban su pésima ralea. Ella, que no veía en el niño más que un mazo de flores, por toda respuesta estrechaba al infante contra el pecho y se volvía bruscamente para esconder su tristeza, que era la suya harta al ver que nadie en el pueblo, como no fuesen ella y su hombre, se compadecía del chico.

El pobrecico, á quien todos llamaban el *Niño judío*, fué creciendo sin haber aún reparado en cosa mala, hasta que una mañana en que él oía misa al lado de María Rosa, tuvo el señor cura la ocurrencia de hacer una plática desde el pie del altar sobre la

Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, deshaciéndose en improperios contra los verdugos que le torturaron. La gente, poniendo la cara fosca, miraba al chico, y María Rosa, ora pálida, ora encendida, apartó de él su falda por un movimiento instintivo de que se arrepintió en seguida. Al salir el niño de la iglesia, una niña que no subía del suelo más allá de un palmo y pasaba muy erguida al lado de su madre, díjole al pasar con mucha gravedad y amenazándole con la mano:

—¡Malo! ¡Eres muy malo!

El chico alzó los ojos hacia María Rosa, pero no se atrevió á preguntarle el porqué de aquellas palabras y de la cara de enojo con que todo el mundo le miraba. Por la tarde, al dejar la puerta de su casa, dió con la niña que le había reñido, y las palabras que ella le dijo aumentaron su confusión.

—Te doy una nuez tierna, dijo él, si me dices por qué soy malo.

—Vaya si eres malo, respondió la niña; eres malo porque mataste á Nuestro Señor. Dame la nuez.

* * *

Cuando estuvo algo crecido le mandaron á la escuela, y desde entonces concluyeron para nunca más volver las alegrías pasajeras de su niñez. Los chicos de la escuela no le quisieron jamás; y le tomaban tan á menudo por víctima, que el maestro se vió precisado á sentarle á su lado en la misma tarima, preferencia que acabó de hacerle odioso á los otros chicos y convenció al pobrecico de que él no se parecía á los demás. El propio maestro, aun ahuecando la voz para sostener que él, hombre leído, no compartía los prejuicios de la clase ignorante, contribuía á más y mejor á que arraigasen los odios contra el niño judío. Viéraisle cuando algún forastero iba á visitar la escuela y notarais que á todos los chicos deparaba ocasión de lucirse mostrando sus cartapacios y libretas de problemas; pero al niño judío obligábale, para rematar la fiesta, á arrodillarse ante el Santo Cristo, y encargábale que en voz muy alta recitase el Credo, obligándole á levantar aún más la voz en algún pasaje, como el de *Jesucristo, su único hijo*. Luego el maestro se volvía á los forasteros y les decía muy satisfecho:

—Es el niño que ustedes saben...

El pobrecico hubiera querido amar á todos aquellos chicos de su edad, y tomar parte en sus juegos, por él tan ambicionados, por él contemplados desde lo alto de un ribazo ó desde el cabo de la calle, cuando por las tardes, terminada la escuela, sollozaba en su abandono, comiéndose la rebanada de pan

negro que amasara María Rosa; pero la inquina que le profesaban iba de mal en peor, de suerte que ya gozaban torturándole con la misma zalagarda con que esgañaban las lagartijas en los torrentes, ó achicharraban un murciélago «para que soltase porvidas», según decían.

Para librarle de amenazas, el maestro le dejaba salir antes que á los demás. Un día en que se olvidó hacerlo, el niño judío presintió la tormenta. Detúvose en el rellano de la escalera, y cuando juzgó que ya todos habrían llegado á sus casas, se echó á la calle; pero los chicos le aguardaban, y sin darle tiempo para emprender la carrera, le dieron una azotaina con las correas. El más grandullón, un bergante de roja crin, parecida á las mazorcas, que era su mayor enemigo, tendió la pierna para hacerle caer; mas él, aferrándose á ella como un perro rabioso, pudo arrastrarle al suelo, vengándose de todos los martirios hasta aquel punto sufridos. Afortunadamente para el castigado, un enjambre de mujeres pudo separarles, aunque algo tarde, pues ya el niño judío había dado con una piedra aguda á su adversario en la cara, en la cabeza, en todo el cuerpo, dejándolo cubierto de cardenales y coscorriones.

—¡Muy bien!, le dijo aquella noche su padre adoptivo. Hasta que descalabres á uno, no te quitarás de encima los condenados abejorros.

Mas el niño judío sufría lo indecible, particularmente durante los días que la Iglesia consagra á la Pasión y Muerte del Redentor. Cada año advertía su aproximación con tan grave azoramiento, que le causaba calentura. Una vez, María Rosa, que era mujer decidida, llegó á habérselas con el alcalde para que éste remediasse la situación; cantó diáfana mente las verdades; pero el remedio, si lo hubo, fué más desastroso que la dolencia, puesto que aquella tarde (la del Jueves Santo) vió entrar en su casa al chico, perseguido por toda la chiquillería, capitaneada por el grandullón de roja crin, contemplada desde lejos por algunos hombres de dura entraña que la jaleaban riéndose de la batida. La despavorida criatura abrazó á María Rosa, ahogándose de miedo y de fatiga, mientras rebotaban algunas piedras en el umbral. El niño judío no quiso ya salir hasta el domingo de Pascua.

¡Cuán amargas fueron sus congojas durante aquellos días, singularmente el Viernes Santo por la tarde! María Rosa se encaminó á la iglesia, que estaba muy cercana; cerró la puerta, marchóse con la llave, dejando en el interior al niño judío, el cual, en medio de la más terrible soledad, reputábase cercano al agónico trance. Ora bajaba al zaguán, sentándose

en el suelo junto á la puerta de la calle, atento el oído, buscando la compañía de los transeúntes; ora se levantaba, huyendo azorado, al sonar una voz infantil, creyendo que andaban en busca de él para matarle. Rompió á llorar, y subió escalera arriba sin volverse, creyendo que iban á su alcance; y no se detuvo hasta llegar al rincón más obscuro del desván. Allí se encogió como un ovillo tras unas cajas arcaicas y unos barriles despachurrados, viendo todavía entre él y la ventana mal cerrada las arpilleras para los olivos pendientes de una cuerda que el viento balanceaba, y que á él, que entornaba un poco los ojos, le parecían las haldas de algún gigante que incesantemente agitaba los pies sin resignarse á desaparecer. Se adormiló un instante, y vió entonces que una de las rendijas de la ventana se dilataba, dando paso á una bellísima figura de ojos amantísimos, como los suyos, arrasados en llanto. Y conoció sin vacilación alguna al buen Jesús á quien á menudo se encomendaba. Mas el buen Jesús no llevaba la Cruz al cuello como al ir en la procesión, rodeado de luz, moviendo la cabeza en el misterio que sostenían penosamente los viejos más antiguos del pueblo; acercábase ahora con los brazos extendidos, sonriendo con maravillosa dulzura entre las lágrimas. Y el pobrecito caía de rodillas y cruzaba los pequeños brazos sobre el pecho, y sentía ya allegado á su frente el aliento del buen Jesús, tibio, perfumado como el incienso de la iglesia...; más de pronto le despertaba el traqueteo de las matracas en lo alto del campanario, y el alboroto ensordecedor de las carracas y las mazas que golpeaban las puertas de la iglesia, mezclados con la gritería de «¡Muerte á los judíos!» terminado el oficio de Tinieblas.

* * *

El niño judío era ya todo un hombre. Nadie le aventajaba en todo el pueblo en ágiles manos y bien parecer. Nadie le torturaba, cierto; pero él comprendía muy bien que seguía siendo la cizaña entre las espigas. En las tareas del campo se apartaba de las cuadrillas, no participando casi nunca de sus conversaciones, y quedándose atrás cuando volvía al hogar, marchando lento y perezoso como dominado por una pesadumbre mortal. Pasaba la tardes dominicales en completa soledad allá en los bosques vecinos, fijando la mirada, embelesado, en el sol que iba á esconderse, ó en la leve humareda de las chimeneas del pueblo. Seguía á veces un oculto senderucho del bosque que le llevaba derechamente al pie de los arcos del puente de la Rigala; entonces le hubierais visto levantar la frente abatida, animar los ojos, hablar por espacio de horas enteras con los pobres que en la cueva se hospedaban hasta que la noche le arrancara de allí; y si á la ida tintineaba el dinero en su bolsillo, no le quedaba á la vuelta un mísero ochavo; y de haber dispuesto de mayor caudal, entero á los pobres gozosamente lo encaminara.

Mas no todos los días del año llevaban aparejada la tristeza; algunos llegaban en que podía gozar á todo trapo, como otro hombre cualquiera. Acercábase el buen tiempo; anunciábanlo el fruto de las viñas que se hinchaba, las cigarras parteras con su canto. Llegado era el buen tiempo; decíalo abiertamente la agitación en las bodegas, donde se ponía fondo á los toneles viejos, y se empapaban lagares y comportas. Él afluaba entonces el podón en el umbral de la puerta de su casa, y dando un adiós exento de amargura á María Rosa y á su hombre, tomaba la cesta, se liaba la manta y salía del pueblo más ligero que un gamo, cantando entre dientes las coplas de la tierra. Horas y más horas andaba, hasta un país do nadie le conociese; y entonces vaya si charlaba y reía entre las cuadrillas de los vendimiadores y vendimadoras; sus mejillas tomaban el color encendido del bienestar; el pobrecito se sentía igual á todos los hombres. Cuando se presentaba de repente á su imaginación el recuerdo del pueblo, pegábase un salto el corazón, miraba á una y otra parte con viveza; pero convencido de que nadie sabía de él, volvía á las risas y á la charla.

Una vez, al romper el alba despertóle el manijero; faltaba la cesta á su lado. A él, como á todos los demás vendimiadores y vendimadoras, le habían aquilado al obscurecer, y aquella noche habían dor-

mido los hombres en la era y las mujeres en el pajar. Al despezarse creyó ver delante de sí la cesta de vendimiador colgada al brazo redondo de una muchacha á quien no conocía, airosa, rolliza, de labios húmedos y mirada traicionera. Pidió que se la devolviese; ella respondió que la cesta era suya. Enzarzóse una discusión; tiraron de la cesta cada cual por su lado, y por ser ambos tenaces y de mano dura, sin soltar jamás la cesta acabaron por rodar, no al suelo, sino á un montón de cascabillo, y esto fué gran ventura. No sé quién llevaba razón; sólo sé que prosiguió todavía la pelea, que el cascabillo revoloteaba á su alrededor y á veces casi les ahogaba, que ambos ensordecían el aire con sus dicharachos de agravio y las



risotadas que los interrumpían, que al cabo sonó un beso desvergonzadamente sobre las mejillas de durazno de la muchacha, que vino en pos el crujido de una bofetada que él hubo de reservarse, y que por cierto no era de cumplido como las episcopales.

Averigüe quien quiera á qué manos fué la cesta á parar. Mas, como si en el lance consabido hubiesen andado artes de brujería, él y Niceta, que así llamaban á la chica, vendimiaban siempre en el mismo paraje; veíaseles con frecuencia cuando estaban juntos tirar de los granos de un mismo racimo; cuando estaban lejos tirábanse piedras, á veces demasiado gordas. Y nada digamos de las noches en que bajo el pórtico, mal iluminado por el tederio, cenaban siempre de lado por casualidad, volviéndose á medias la espalda, eso sí, á causa de la madre de ella, que les contemplaba con harta asiduidad. Mas andando el tiempo, vino á menguar la tarea, y cuando se despidieron para regresar á su pueblo cada cual, él y ella se hablaron largo tiempo en voz baja. Y al fin no se dijeron «Adiós,» sino «Hasta entonces,» no sólo mientras estaban tan cercanos que sus labios pugnaban por encontrarse, sino aun viéndose de lejos, antes de perderse de vista, con pañuelos y miradas.

* * *

Había transcurrido algún tiempo desde el regreso del pobrecito á su casa. Un día, al anoecer, se puso los trapitos de cristianar, y cediendo al impulso irresistible del corazón, quiso ir hacia su amada. Celebrábase la *fiesta mayor* en el pueblo de Niceta, á quien no había visto desde las vendimias; él y ella se habían concertado para verse aquel día. Imaginad si andaría remiso.

El sol se había puesto hacía rato, y el cielo estaba cubierto; la noche cerraba velozmente. Y él ni se daba cuenta, puesto el corazón en la muchacha que tanto le quería, que tanto quería á un pobrecito odiado por todos desde que le dejaron solo en la tierra. Mas no imperaba únicamente el gozo en su alma enamorada; una bruma pertinaz venía de pronto á enturbiar su alegría: «Cierto que el pueblo de Niceta — pensaba — está lejos del mío; nadie allí me conoce, pero su ignorancia no puede prolongarse durante toda mi existencia.»

Cuando llegó al puente de la Rigala se acordó de su pasado, que mil veces le contara María Rosa, y le dió un salto el corazón, temeroso de que Niceta llegara á odiarlo. Parecióle oír lamentables gemidos en la profundidad del torrente; se inclinó hacia adelante apoyándose en la baranda, y vió, en aquel mar de tinieblas sin límite ni murmullo, dos puntos luminosos á manera de ojos que le miraban como sonriéndole.

Al traspasar un collado descubrió de repente en el valle la luz blanquecina del tinglado del baile, mientras las ráfagas del aire llevaban á su oído, ora estridentes, ora amortiguados, los sonos metálicos de la orquesta. Allí le aguardaba Niceta. No se veía

el pueblo; sumergido yacía en la obscuridad. La cara del pobrecito resplandeció de júbilo; olvidóse de todo lo que no fuera su amada, y cuatro saltos que le parecieron consumir cuatro horas, le pusieron á la puerta del tinglado.

La orquesta empezaba entonces á gorjear otra vez, y el pobrecito no tuvo tiempo más que para advertir que un danzante se llevaba á Niceta. Halláronse inmediatamente los ojos de los dos enamorados, y diéronse la bienvenida. «Al fin llegué,» dijeron los de él. «¡Cuánto tardaste!» dijeron los de ella. Mas si Niceta le miró la primera vez con amor entrañable, cuando volvió á pasar no repitió la dulce mirada, antes clavó en él los ojos, examinóle de pies á cabeza, grave y asombrada, como si nunca hasta entonces le viera; ya Niceta, en vez de bailar, paseaba del brazo de su pareja inclinándose á su lado la cabeza para atender mejor á sus palabras. El pobrecito, sin darse cuenta de lo que hacía, les seguía con los ojos, poniéndose de puntillas para no perderlos entre el loco remolino de gorras negras, moradas barretinas y cabezas ataviadas con pañuelos y lazos. Cuando la pareja pasó nuevamente delante del pobrecito, Niceta volvió la cabeza para no verle; fué el danzante quien le miró, riéndose de él en sus barbas, incisivo y desfachatado. Y harto le

conoció el pobrecito; aquel hombre era el grandullón á quien él castigó fieramente al salir de la escuela, su enemigo eterno, con su eterna roja crin, cuyos rizos se retorcián ahora sobre las sienas. La sangre se le encendió en las venas y se agolpó á su faz; frotó de un zarpazo la barretina sobre la cabeza sin darse cuenta. Cuando el baile hubo terminado corrió hacia su amada; ella, que estaba de pie, al verle se apresuró á volverle la espalda, buscando un pretexto en la charla con sus compañeras.

—¡Niceta!, pudo exclamar únicamente el pobrecito; pues ella le interrumpió diciendo con desdén, algo ronca la voz:

—¿Qué quieres?.. Yo no supe que eras judío... ¡Dios nos libre!.. ¡Vete!

Y se deslizó hacia su madre para que le afirmase un alfiler, suponiendo que el pañuelo se desplegaba al aire.

El pobrecito se estremeció; iba á caer, y un sollozo se detuvo en su garganta y le ahogaba. Al volverse, chocó su mirada con la del enemigo de toda su vida, el cual desde la puerta del tinglado reía aún provocativamente. El desdeñado fué allí como un relámpago, le agarró por el cuello y á empujones le arrancó de la sala.

* * *

Cuando la orquesta dió de nuevo sus notas al aire, ya el grandullón pelirrojo llegó con toda prontitud al lado de Niceta, y se la llevó á lo profundo de aquel mar, cada vez más chillón y arremolinado, que el polvo y el humo de los cigarros velaban.

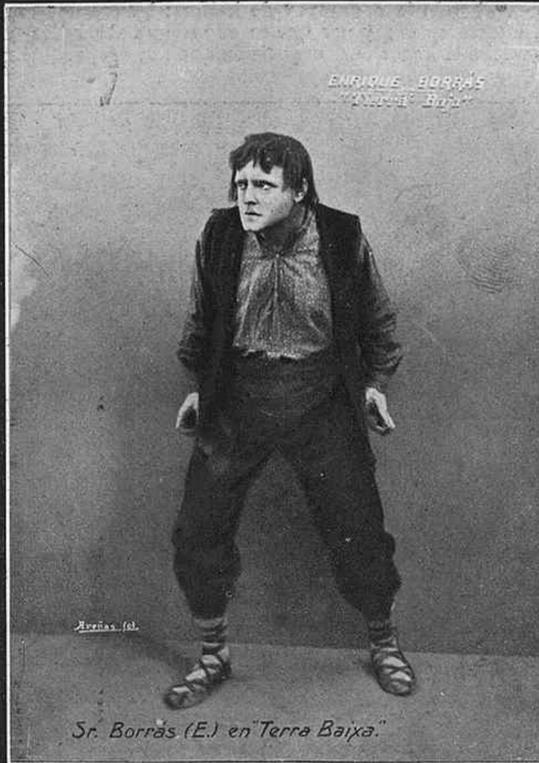
De pronto, un pedazo del tejido listado del toldo se estremeció como si lo sacudiesen por la otra parte. Luego, por un desgarrón de la tela, casi al ras de la tierra, miró una cara que nada humano expresaba; temblaba su barba como experimentando un frío glacial; los ojos desmesuradamente abiertos saltaban lejos de las órbitas, se erizaban sus cabellos, el semblante era lívido. La tela fué desgarrándose hacia arriba; en pos de la cabeza surgía el cuello, el cuerpo, todo el pobrecito finalmente de pies á cabeza, que avanzó con el pecho descubierto, abierta por ancha herida la garganta, de donde huían alternativamente chorretadas de sangre y un ronquido ahogado parecido al de una caldera al desvaporarse. Los danzantes se fijaron unos tras otros en la fantástica aparición; en la orquesta fueron cesando, primero un instrumento, luego otro. Niceta lanzó un chillido, y se cubrió la faz con el abanico. A su pareja nadie le veía estremecerse. Todo el mundo quedó como yerto. Nadie se atrevió á detener á aquel cadáver que andaba, hacia Niceta, moviéndose trabajosamente, balanceando los brazos. Al llegar delante de ella, antes que nadie pudiese impedirlo, le pegó el abanico al rostro con la mano sangrienta; retrocedió tambaleándose como un borracho, y cayó muerto boca abajo.

(TRADUCCIÓN DE JOSÉ CARNER.)

ANGEL GUIMERA.—LOS PRINCIPALES PERSONAJES DE SUS OBRAS MÁS APLAUDIDAS



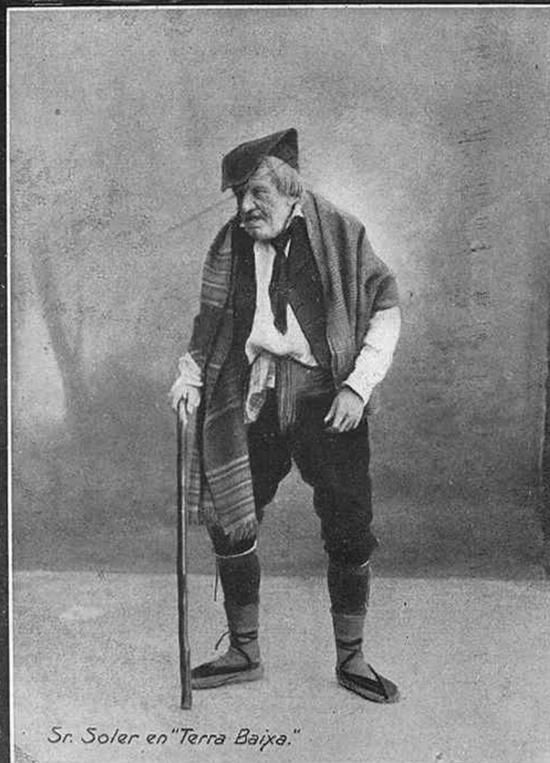
Sra. Delhom en "Rigua que corre."



Sr. Borrás (E.) en "Terra Baixa."



Sra. Llorante en "La Pecadora."



Sr. Soler en "Terra Baixa."



Sra. Morera en "La Reina Vella."



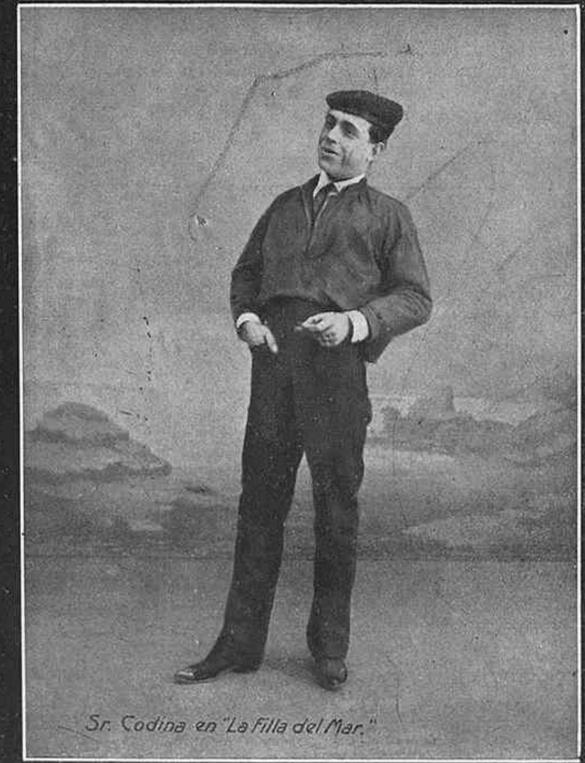
Srs. J. Borrás, Galcerán, Srta. Vallvé en "L'Aranya."



Sr. Codina en "Sol Soler."



Sr. Barbosa en "Mar y Cel."



Sr. Codina en "La Filla del Mar."

(Reproducciones de fotografías de Areñas.)

MADRID.—UNA EXPOSICIÓN DE OBRAS DEL GRECO. «EL APOSTOLADO.»

Gracias á la iniciativa de S. M. el rey D. Alfonso XIII y á la generosidad del marqués de la Vega Inclán, han podido admirarse en la corte, en el salón de actos de la Real Acade-

Aprovechando la coyuntura de hallarse los cuadros en la corte, interesóse el rey por que se expusieran al público, y á esto se debe la importante exposición que nos ocupa.

que predominaban los artistas y las familias de la aristocracia. El académico D. Angel Avilés dirigió al monarca una breve y elocuente salutación, expresando el agradecimiento de la



San Pedro

San Andrés

Santiago el menor

San Juan

mía de Bellas Artes de San Fernando, diez y nueve magníficos cuadros del inmortal Domenico Theotocopuli, más conocido por el sobrenombre de *el Greco*, una de las figuras más eminentes de la pintura española y cuyas obras influyeron, al decir de los críticos, en el mismo Velázquez.

Esos cuadros hallábanse en el Museo Provincial de Toledo, pero en tan mal estado é instalados en tan malas condiciones

Los diez y nueve cuadros que componen ésta son el *Apostolado*, compuesto de doce figuras, una imagen del *Salvador*, un *Cristo crucificado*, los retratos del *maestro Juan de Avila*, del *obispo Diego de Covarrubias* y de su hermano *Antonio de Covarrubias*, el notable jurisconsulto, y la *Vista de Toledo*, en la que se ve á Manuel Theotocopuli, hijo del pintor, presentando el plano de la ciudad en donde están señalados los prin-

Academia por el honor que le dispensaba S. M. dignándose asistir al acto, y dedicó también frases de merecido elogio al señor marqués de la Vega Inclán.

Su Majestad contestó que asistiendo á solemnidades como la que se estaba celebrando, no creía hacer más que cumplir con su deber.

Después recorrió detenidamente el salón y tuvo frases de



San Mateo

Santo Tomás

San Bartolomé

Santiago

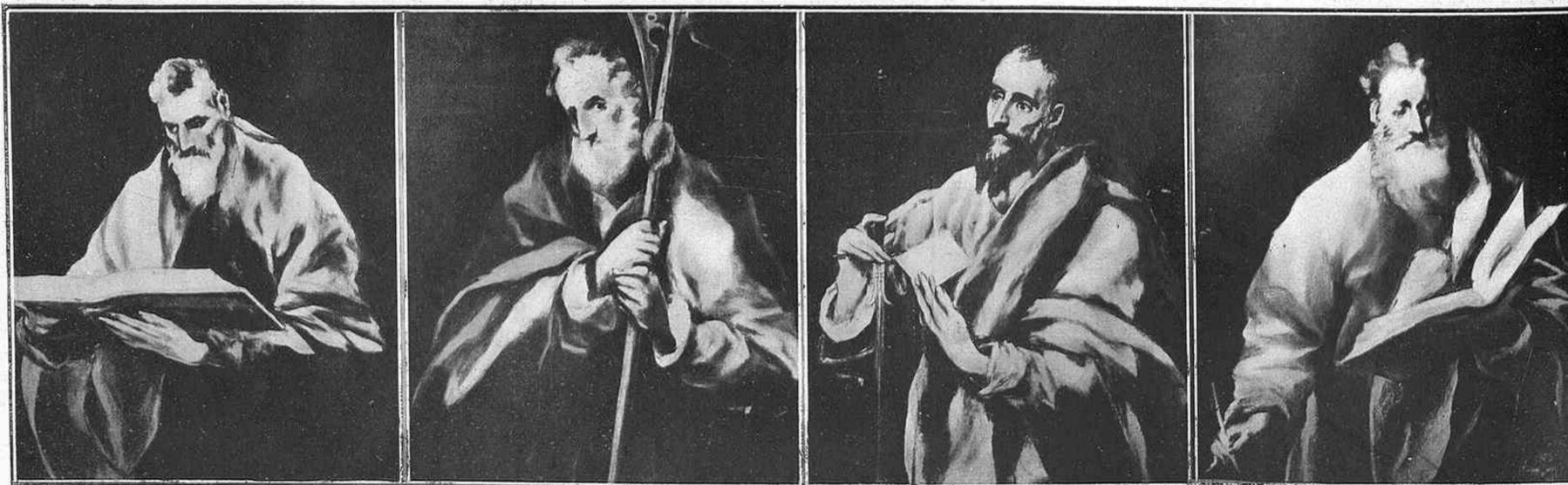
que, de no adoptarse algún remedio urgente, corría su existencia gravísimo peligro. A salvar la obra del Greco y á prepararle digno alojamiento ha acudido el mencionado prócer: para lo segundo, ha adquirido en la imperial ciudad la casa llamada del *Greco*, la ha ensanchado con la adición de terrenos contiguos y la ha convertido, bajo la dirección del arquitecto don Eladio Laredo, en edificio propio para museo; para lo prime-

cipales palacios en ella existentes á fines del siglo XVI y principios del XVII.

Todos esos cuadros son verdaderas joyas de arte; en todos ellos se admiran las incomparables cualidades del artista eximio á quien se ha llamado el fundador de la escuela española; pero entre todos ellos sobresalen los que forman el *Apostolado* y que muchos consideran como de lo mejor del *Greco*.

gran encomio para la exposición, para la Academia y para el marqués de la Vega Inclán.

Al decir de algunos periódicos, reina en Toledo gran alarma por el temor de que los cuadros del *Greco* no vuelvan á aquella ciudad; el temor y la alarma son, sin embargo, infundados, pues una vez la exposición terminada, serán aquéllos devueltos á su procedencia y allí se discutirá si deben continuar perma-



San Felipe

Judas

San Pablo

San Simón

ro, hizo llevar los diez y nueve lienzos á Madrid, á fin de que fuesen, por su cuenta, convenientemente restaurados y forrados, como lo han sido, con admirable acierto, por el notable artista D. Enrique Martínez Cubells, y una vez restaurados les ha hecho poner marcos hermosísimos.

La exposición fué solemnemente inaugurada el día 10 de este mes bajo la presidencia de S. M. y con asistencia del ministro de Instrucción Pública, del gobernador civil, de una nutrida representación de la Academia de Bellas Artes, del cuerpo diplomático casi en pleno y de un público escogido, en el

neciendo en el Museo Arqueológico Provincial ó ser instalados en el nuevo museo de arte español debido á la munificencia del generoso aristócrata. — P.

(Fotografías de Asenjo, de Madrid.)

VALENCIA.—LA EXPOSICIÓN REGIONAL. (Fotografías de M. Barberá.)

Oportunamente dijimos que el Gran Casino de Valencia había organizado un concurso de bellezas regionales con premios de 5.000, 3.000 y 2.000 pesetas y tres accésit de 1.000 pesetas cada uno.

Tratándose de aquella región, que tiene merecida fama en punto á mujeres guapas, era de suponer que

Y ahora digamos algo de la exposición y de los festejos que con motivo de la misma han de celebrarse en Valencia.

en esta clase de espectáculos, marcha á la cabeza de todas las ciudades del mundo.

El programa oficial de las fiestas de los siguientes días comprende, entre otros: del 22 al 31, concursos de fuegos artificiales y aéreos, en los que tomarán parte varias casas nacionales y extranjeras; del 22

Srta. Rosa de la Figuera y de la Cerda

Srta. Joaquina Saavedra

Srta. Angeles Soler y Miquel



VALENCIA

CONCURSO DE BELLEZA
CELEBRADO POR EL GRAN CASINO
DE LA EXPOSICIÓN REGIONAL



Srta. Rosa Rodrigo Gómez

Srta. Inés Sanchis Mas

Srta. Soledad Cristallys

el concurso tendría un éxito brillantísimo, no sólo por el número, sino por la calidad de las concurrentes; y así ha sido, en efecto, pues el resultado ha excedido á cuanto pudieron esperar los más optimistas. Innumerables fotografías llegaron á manos del Jurado, el cual debió pasar no pocos apuros á causa del *embarras du choix* y de lo limitado de los premios. ¿Cómo elegir entre tantas hermosuras? ¿Cómo escoger las seis únicas merecedoras de las recompensas?

Pero como en estas cosas de nada sirven las vacilaciones, el Jurado hubo al final de decidirse adjudicando los premios y los accésit á las seis jóvenes cuyos retratos reproducen los grabados adjuntos, á juzgar por los cuales el fallo ha sido justísimo, ya que se trata realmente de seis bellezas irreprochables.

No sabemos si ha habido protestas contra el veredicto; pero lo que sí puede afirmarse es que las premiadas son dignas del premio que se les ha concedido.

La exposición debía haberse inaugurado el día 18; pero á causa del gran temporal de lluvias hubo de aplazarse la ceremonia inaugural, que se habrá efectuado el 22 bajo la presidencia de S. M. el rey don Alfonso XIII, á quien acompañan el presidente del Consejo de ministros Sr. Maura y el ministro de Marina general Ferrándiz.

Durante la estancia del monarca, además de la fiesta de la inauguración, de los banquetes oficiales y de las visitas á distintos centros, se habrán celebrado la batalla de flores, regatas, revista militar, corridas de toros y varios otros festejos. De todos ellos el más notable habrá sido la batalla de flores; para ésta se han realizado preparativos excepcionales, y esto por sí solo indica el derroche de lujo, de arte y de buen gusto que se habrá hecho en Valencia que,

al 24, peregrinación á la Virgen de los Desamparados, patrona de Valencia; del 26 al 30, conciertos por una orquesta alemana dirigida por el maestro Lasalle; del 1.º al 10 de junio, concurso hípico internacional; del 6 al 10, conciertos por el *Orfèb Catalá*; del 8 al 10, congreso médico; del 9 al 14, fiestas, carreras y excursiones automovilistas; del 16 al 24, concurso de ganados; del 16 al 30, concursos de esgrima, de *football* y de juegos atléticos y carreras de resistencia; del 1.º al 10 de julio, juegos atléticos; del 11 al 18, concurso ciclista; del 24 al 27, congreso escolar nacional; del 28 al 31, congreso de profesores y peritos mercantiles; del 5 al 10, congreso de arquitectos; del 12 al 16, congreso pedagógico y certamen y fiesta escolares; y distribuidos en todo el mes, fuegos artificiales y aéreos, bailes infantiles y corridas de toros.

El programa, como se ve, es interesante y variado, alternando acertadamente en él lo útil con lo agradable.—T.



Muelle y murallas de Concarneau, cuadro de Legout-Gerard



Primavera, cuadro de A. Ramos Martínez

UNA OBRA RECIENTE DE MIGUEL BLAY



EN UN ALTO RELIEVE Á LA MEMORIA DE D. JUAN PONCE DE LEÓN
costeado por el Casino Español de San Juan de Puerto Rico con destino á la catedral de aquella ciudad



Colonia.—Juegos Florales de 1909. La princesa María del Pilar de Baviera y de Borbón, Reina de las Flores, y su Corte de Amor

LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA

El primer domingo de este mes celebráronse los undécimos Juegos Florales de Colonia, en los cuales ha sido este año Reina de las Flores la princesa María del Pilar, hija del príncipe Luis Fernando de Baviera y de la infanta española doña Paz de Borbón.

El histórico salón del Gürzenich ofrecía hermoso aspecto; el estrado estaba convertido en un verdadero jardín de rosas, lilas y claveles, y de flores eran también el trono de la reina, el dosel que lo cubría y los sillones destinados á la corte de amor. En lugar preferente, delante del estrado, había el busto de Fastenrath, fundador de los Juegos Florales de Colonia, rodeado de laureles.

Al aparecer la princesa, acompañada de una representación de la corporación de estudiantes con sus banderas, fué recibida con grandes aplausos y aclamaciones y á los acordes de la marcha triunfal de Guilman, ejecutada al órgano por el profesor del Conservatorio Michalek.

Abrió la fiesta la Reina de las Flores con un bellísimo discurso, que dijo de una manera encantadora. Dió la princesa, emocionada, las gracias por el honor que se le había dispensado; manifestó que precisamente acababa de llegar de España, de la tierra de las flores y de los cantos, de la patria de Cervantes y de Calderón, del país de los *Jochs Florals*, en donde tan querido y tan venerado es Fastenrath, y terminó expresando cuánto le complacía ostentar la más hermosa de todas las coronas, la corona de flores sin espinas que la bella Colonia había ceñido á sus sienas.

El artista de la Opera Julio de Scheidt recitó, con acompañamiento de arpas, una sentida salutación á la princesa; el consejero municipal Laué pronunció un elocuente discurso señalando la importancia de los Juegos Florales y la extensión que han adquirido en Alemania, y afirmando que siempre será respetada la voluntad de su fundador de que en ellos se cante al Amor, á la Fe y á la Patria; y después de leerse una poesía de la señora de Puttkammer y otra de la infanta D.^a Paz, procedióse á la proclamación de los poetas premiados y á la lectura de sus poesías. El premio de honor, de la infanta, fué adjudicado á Juan Haselbach, por una poesía amorosa; los del Consistorio para los temas Fe y Patria los ganaron

Augusto Haarlander y P. Dochnahl. Obtuvieron otros premios las señoras Puttkammer, Becker, Klopsch, Brehm y Hahm, y los señores Geissler, Michael, Benatzky (el premio de S. M. el rey D. Alfonso XIII), Hartung y Bisse-Palma.

Durante el acto se cantaron algunos coros y se leyeron telegramas de la familia real española, de la reina de Rumanía (Carmen Silva) y del Consistorio de los Juegos Florales de Barcelona.

Puso término á la fiesta el presidente barón de Perfall con un discurso de gracias á la Reina de las Flores, á los protec-

gratos recuerdos conserva. Actualmente se halla en Madrid, después de haber permanecido en Andalucía una corta temporada, durante la cual ha visitado distintos sitios que debieron despertar en su alma dulces memorias.

A su paso por Aranjuez, visitó los jardines de palacio y la Casa del Labrador, de donde está tomada la fotografía que adjunta reproducimos.

En Madrid se hospedó en el palacio de Liria, por el que han desfilado las más distinguidas personas de la alta sociedad, deseosas de testimoniar su afecto á la ilustre dama, que se propone permanecer en España hasta mediados de junio.



Aranjuez.—La ex emperatriz Eugenia en la Casa del Labrador (De fotografía de Asenjo.)

tores de los Juegos Florales de Colonia y muy especialmente á la señora viuda de Fastenrath por la perseverancia y energía con que ha continuado la hermosa obra creada en Alemania por su inolvidable esposo.

LA EX EMPERATRIZ EUGENIA EN ESPAÑA

La que un día ciñó la imperial corona de Francia no ha olvidado nunca que de España es hija y en España vió transcurrir los días más felices, sin duda, de su juventud. De aquí sus frecuentes visitas á nuestro país, en donde tantos y tan

compatriota, que tan geniales obras ha producido y que tal renombre ha conquistado.

Recientemente pudimos dar á conocer á nuestros lectores el proyecto del monumento á la Independencia Argentina que figura en el segundo concurso que después de la selección ha de celebrarse. La distinción de que ya fué objeto por parte del Jurado significa un verdadero triunfo, que confirma la personalidad reconocida de tan distinguido escultor.

Ambas producciones, de carácter diverso, expresan elevados conceptos, que Blay ha logrado interpretar cumplida y hermosamente, gracias á las notables cualidades que posee.

ALTO RELIEVE DE MIGUEL BLAY. (Véase la lámina de la página 353.)

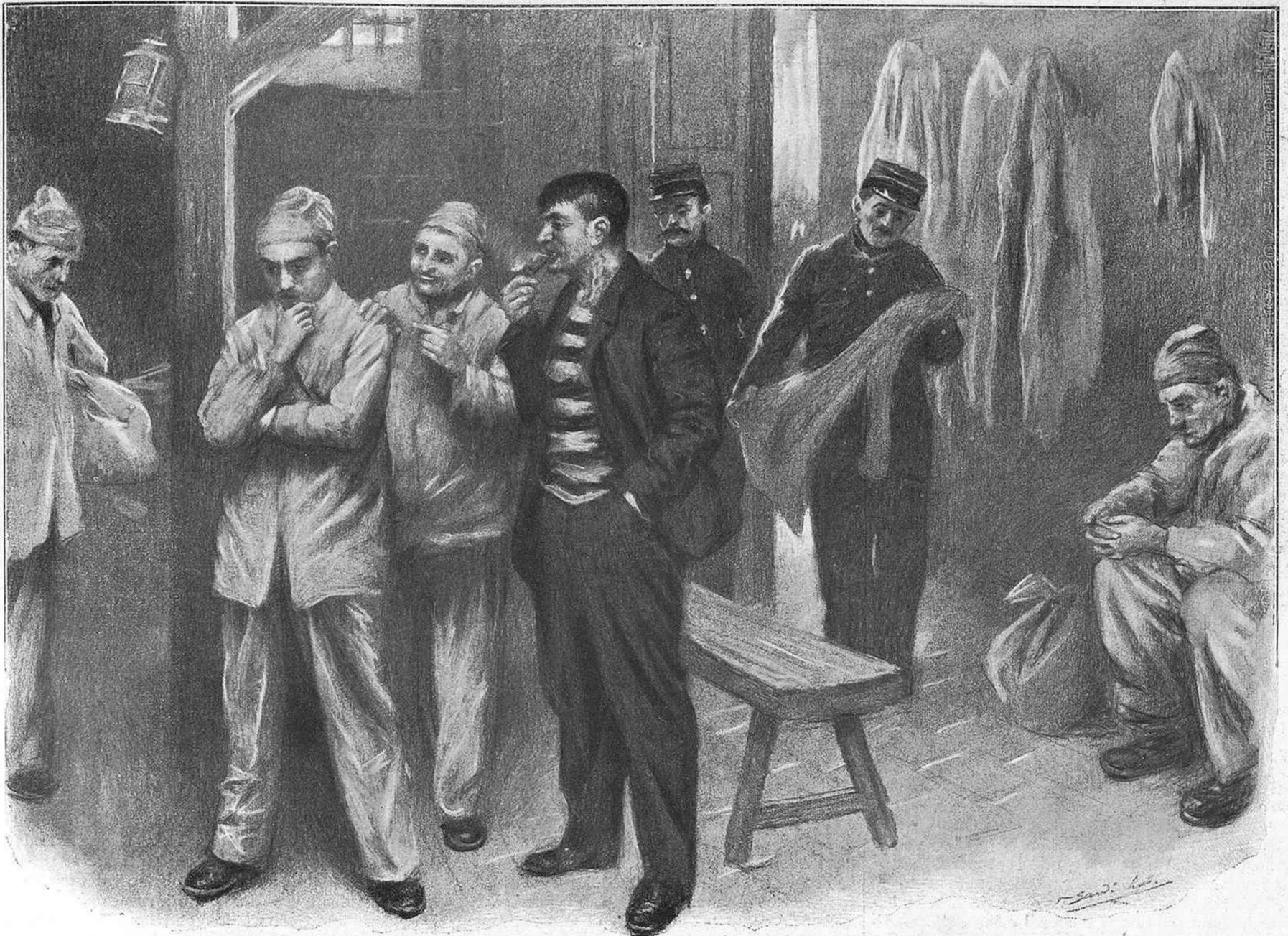
Los españoles residentes en Puerto Rico acaban de dar un nuevo testimonio de su amor á la madre patria, honrando la memoria del insigne caudillo D. Juan Ponce de León, que sometió y gobernó sabiamente la isla, con el hermoso alto relieve que ha de empotrarse en uno de los machones del interior de la catedral.

Esta obra, verdaderamente notable, del excelente escultor Miguel Blay, ha sido costeada por los socios del Casino Español de aquella ciudad. El artista ha representado á España por medio de una hermosa figura, que agobiada por el sentimiento, besa maternalmente la urna que contiene los restos del caudillo, cubierta en parte por los anchos pliegues de la bandera de la patria. La actitud de la matrona, su sentida expresión, los pliegues de su ropaje y los de la bandera y la totalidad, en fin, de la obra, pregonan la inteligencia y la maestría de nuestro

LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



El marido de Juana estaba así desconocido, y como la operación del vestuario se había operado simultáneamente

Cuidó de no hablar de la niña. Prefería esperar á ver lo que le dirían.

La viuda se manifestó muy sorprendida de la noticia. Le parecía imposible que sus inquilinos se hubiesen marchado.

—Esa señora estaba á punto de dar á luz, y precisamente vino con su marido para efectuarlo en el campo.

Después de todo, lo mejor era ir á ver, y la propietaria se trasladó á Meudon con el muchacho.

Penetró en la casa y la encontró verdaderamente abandonada.

No sabía qué pensar. Nadie podía darle informes.

Pablo Galoux preguntó el nombre de la inquilina desaparecida, á fin de buscarla y cumplir su encargo; pero la viuda no pudo recordarlo; lo escribió en el recibo que dió al marido y no tomó nota.

—Como tenían seis meses de alquiler pagados por adelantado, no me preocupé de nada. Quizá esa señora fué á salir de su cuidado en casa de alguna de las comadronas que admiten pensionistas.

—De todos modos quedaría su marido, hizo observar Pablito.

—¡Es verdad!.. Entonces, ¿qué pensar?

—Ese matrimonio se habrá marchado.

—Hay que creerlo... Pero ¿por qué... por qué razón?.. Y han dejado aquí toda su ropa, todos sus

efectos... Mira..., todo esto es suyo..., estos chirimbolos, este baúl... ¡Oh, aquí hay algún misterio! En fin, yo voy á cerrar y quitar la llave. Cuando vuelvan, que se tomen la molestia de llegarse hasta mi casa.

La desaparición de la madre de la pequeña Jenny era muy misteriosa.

Pablo tuvo entonces una idea excelente, destinada á tranquilizar su conciencia.

—El encargo que tengo para esa señora, dijo, es de lo más serio, de lo más importante. Por consiguiente, cuando usted la vea, si vuelve, ruego á usted que tenga la bondad de avisarme tan pronto como la haya visto... Voy á dejarle mis señas.

—Con mucho gusto, contestó la propietaria.

Y Pablo escribió en un papel que entregó á la señora Paumelle:

MADAMA LANDRY

Calle de Bernardinos, 25.—París

Al regresar á casa de Rosita, Pablo explicó á ésta y á su madre el resultado de sus investigaciones, la prueba del abandono inexplicable de la casa y la precaución tomada por él para recibir aviso de la vuelta de la madre de Jenny.

La señora Landry le felicitó por lo que había hecho; pero, respecto á la criatura, la situación seguía siendo la misma. Había que hacer la declaración del hallazgo de la niña.

—No, mamá, nos la quitarán, imploró Rosita.

—Hija mía, es mi deber, replicó la viuda de Marcial. Asumo una gran responsabilidad.

—Ya no, repuso Pablo, puesto que he tomado mis medidas. Tan pronto como la madre reaparezca, recibiremos aviso de la propietaria, que me lo ha prometido. Hasta entonces podemos guardar esta pobre niña... Se la devolveremos á su madre, si vuelve.

—Esa señora se alegrará, añadió Rosita, puesto que habremos evitado que este angelito vaya á la casa de Expósitos. ¡Oye, mamá, quedémosla!, suplicó mimosamente. ¡Mira qué bonita es! La cuidaré yo... ¡Ya verás cómo sabré cuidarla!.. Seré su mamaíta... ¡Qué alegría me darás si te la quedas! Di, ¿quieres?.. Sí que quieres, ¿verdad?

La señora Landry no pudo resistir.

Después de todo, lo que ella hacía no era ningún mal.

Entonces Rosita y su amiguito experimentaron una alegría sin límites.

La muchacha besaba á su madre con loco entusiasmo, dándole las gracias, y Pablo gozaba lo indecible al ver la dicha que causaba á su amiguita.

Para los vecinos y para la portera, á quienes no querían poner en el secreto á fin de evitar murmuraciones, la pequeña Jenny sería la hija de una amiga que había tenido que entrar en el hospital y de la cual cuidaban hasta que su madre estuviese buena.

De esta manera fué acogida y adoptada la pequeña Jenny.

Había que ver á la hija de la señora Landry cómo corría del obrador á su casa, al mediodía, y pasaba con «su hijita» hasta el último minuto de la hora

(I) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

que su maestra le había dado para almorzar; y por la tarde, tan pronto como salía del taller, ¡qué prisa se daba en volver á la calle de Bernardinos! Por las mañanas esperaba hasta el último minuto, reservándose el tiempo estrictamente necesario para ir á casa de la costurera. De este modo se estaba hasta el último momento con su pequeña Jenny. Ella la lavaba, le mudaba la ropa, le daba la leche, le prodigaba los cuidados más minuciosos.

Y Pablo, tan pronto como tenía un rato libre, lo que sucedía con frecuencia durante aquella estación, ¡con qué afán acudía y se instalaba al lado de Jenny, ya con la señora Landry, ya con Rosita!

Los domingos disponían de todo el día... ¡Qué alegría para los muchachos!

La niña se desarrollaba que era un contento.

No se había recibido noticia alguna. La viuda Paumelle no había escrito, prueba de que la madre de la niña no había vuelto á parecer.

Sus padres debían haber muerto—pensaban compasivamente los que servían de tales á la pobre criatura.

Hacia ya dos meses que Pablo había traído á la pequeña Jenny, cuando ocurrió una desgracia en casa de nuestros amigos.

La señora de Landry cayó súbitamente enferma—un enfriamiento, como dicen las gentes sencillas, que á menudo dan este nombre á graves enfermedades de los órganos respiratorios.

El médico de la Sociedad de socorros mutuos de la cual Marcial Landry había formado parte, diagnosticó una neumonía, y como la viuda no podía ser cuidada en casa, tuvo que dejarse llevar al hospital de la Caridad.

Rosita, que contaba ahora cerca de trece años y era precoz en todo, aparentando más edad de la que tenía, quiso quedarse sola con «su hijita,» bajo la vigilancia de la portera.

Además Pablo Galoux, que le llevaba un año de ventaja, iría á verlas todos los días.

Y fué, en efecto, más á menudo que de costumbre, y cada vez permanecía largo tiempo con su amiguita y con «su hija.»

La pequeña Jenny, á la cual querían con igual cariño, era más que nunca como hija suya, y casi les pertenecía definitivamente, puesto que nadie se la reclamaba.

—¡Pobrecita abandonada!, le decía con frecuencia Rosita besándola con todo el cariño de su corazón; si tus pobres padres han muerto, no eres huérfana, puesto que aún tienes un papaito y una mamáita.

¡Qué cambio para la adorable muchacha desde que su madre estaba enferma, desde que se encontraba sola con Jenny!

De pronto, Rosita, ya precoz como hemos dicho, se había vuelto seria como una mujercita y su inteligencia se había hecho cargo de la responsabilidad que le incumbía.

Al salir para el hospital, la señora de Landry había entregado á su hija la llave del cajón del armario ropero en que tenía guardado su pequeño peculio, aquella cantidad que los banqueros del Mercado de vinos le habían entregado, y le había encargado que gastase lo menos posible, á fin de que aquel dinero durase al menos tanto como su ausencia; pero Rosita se dijo:

«¡No, no tocaré á ese dinero!.. Trabajaré y ganaré lo bastante para «mi hija» y para mí.»

Y con una resolución de que una niña como ella hubiera parecido incapaz, quiso substituir á su madre en los trabajos domésticos que hacía por horas, y las personas que empleaban á la viuda, compadecidas de su infortunio y admirando su buena voluntad, consintieron en que la reemplazase. De este modo iba á ganar bastante para vivir y comprar la leche que Jenny necesitaba.

Su maestra, la costurera de la calle de las Escuelas, consintió en dejarle las mañanas libres para que pudiese hacer aquel trabajo, y además, no solamente le dió en seguida los cincuenta céntimos diarios que le había prometido á partir de Pascua, sino que, de preferencia á las demás aprendizas, la enviaba á llevar la ropa á las clientes que solían dar las mejores propinas.

Por las mañanas, Pablo llegaba más temprano que antes, á fin de ayudar á Rosita en sus quehaceres domésticos é ir en su lugar á comprar lo necesario, para que la pequeña Jenny no se quedase sola.

Ambos eran así felices, sintiendo estrecharse cada vez más los lazos de aquella amistad que les unía desde su más tierna infancia, verdadero amor que sus almas candidas ignoraban todavía.

Se unían más estrechamente en su aislamiento, y más que nunca, eran el uno para el otro.

Cuando Rosita partía para ir á su trabajo, y había llegado para Pablo la hora de marchar á casa de su

amo, la hija de la señora Landry llevaba á Jenny á la casa cuna de la calle de la Montaña de Santa Genoveva, donde se la guardaban hasta las seis de la tarde y donde se la cuidaban bien; y como Pablo terminaba su tarea antes que su amiguita, iba á recoger la niña para llevarla á la calle de Bernardinos.

En casa de Bourasse no habían sabido nada de la adopción de aquella criatura abandonada, porque Pablito no se había atrevido á decírselo á su tío; pero ahora hubiera sido muy difícil hacer que no notasen el cambio que sobrevenía en sus costumbres.

Por la mañana, la tía Sofía, que madrugaba mucho, era la única que podía notar algo; pues cuando Pablo se marchaba su tío dormía aún profundamente y el muchacho tomaba las mayores precauciones para no hacer el menor ruido.

La Bourasse, que conocía la enfermedad de la madre de Rosita, no veía, en la marcha matinal de su sobrino, más que el hecho de ir á ayudar un poco á su amiguita en sus trabajos domésticos y el deseo de estar más tiempo con ella.

Pero por la noche Pablo volvía más tarde que de costumbre, y el auvernés, que sabía á qué hora terminaba el chico su trabajo, no tardó en notar aquella aparente irregularidad de conducta.

Varias veces se le echó en cara con su rudeza habitual; pero un día ello le pareció sospechoso y se enfadó.

Quería saber lo que su sobrino iba á hacer cada día, y como Pablo le contestase que iba á ayudar á Rosita, Bourasse le gritó duramente:

—No necesitas estar metido allí todos los días. ¿No hay aquí bastante trabajo? ¿Entonces á qué viene ir á hacer el de los demás?

La tía Sofía, que pedía noticias de la señora de Landry cada jueves y cada domingo, cuando Rosita había ido á verla al hospital, comprendía que había otra cosa, y á pesar de su deseo de saberlo, no interrogaba á Pablo á fin de evitarle la cólera de su tío.

Pero un día Bourasse, que venía de cobrar una factura cerca del Panteón, encontró á su sobrino llevando la pequeña Jenny en brazos, en el momento que salía de la casa-cuna de la calle de la Montaña de Santa Genoveva.

—Pero ¿qué es eso?, exclamó deteniéndole. ¿De dónde has sacado esta criatura..., eh?

Pablo se puso encarnado como una amapola, y absolutamente pasmado balbuceó:

—Como Rosita trabaja..., yo he venido en su lugar...

—¡Rosita!.. ¿Y á mí qué me cuentas, mocoso?.. Supongo que esta criatura no es de Rosita...

—Sí, tío, contestó Pablo; es decir, ella la guarda. El carbonero no se contentó con esta explicación y le pasaron ideas extrañas por la cabeza, tanto, que al llegar á su casa contó á su mujer lo que acababa de presenciar, y por la noche, cuando Pablo hubo vuelto, se habló nuevamente del asunto.

Entonces el muchacho confesó la verdad.

Refirió cómo había hecho el descubrimiento de aquella pobre abandonada, á quien de seguro había salvado de la muerte.

Sofía Bourasse, José y Teresa apreciaron el buen corazón de Pablito y admiraron su buena acción; pero el auvernés no vió las cosas de la misma manera.

—Siempre has de meterte en lo que no te importa..., ¡mequetrefe!., gritó. ¿Qué necesidad tenías de ocuparte de esa niña?.. ¿Qué puede importarte que sus padres la abandonen?.. Para eso está el Hospicio, para los niños abandonados; es evidente que no lo han hecho para los perros...

—El muchacho creyó obrar bien, intervino Sofía.

—¡Déjame en paz!., interrumpió Bourasse. ¡Es siempre lo mismo!.. El otro año, fué el señor que se mató y hubo tantas historias porque este mocoso se entrometió en el asunto... Ahora, esa niña, como si no tuviese bastante consigo, ese gandul que ni siquiera gana para vivir..., ir á recoger los hijos de los demás, que ni aun se sabe de dónde han salido...

Nadie se atrevía á contestar.

—¿Y quién la mantiene á esa pequeña bastarda?, preguntó Bourasse.

—Rosita trabaja, contestó Pablo refugiándose entre su tía y su prima. Hace el trabajo que hacía su madre en varias casas.

—Sí... y querrás hacerme también creer que con lo que gana le compra los bonitos vestidos que yo he visto, ¿eh?

—Su madre los tenía..., los había conservado.

—¿Y para comer?.. ¡Es que para comer se necesita mucho dinero!., gritó el auvernés. Entonces tú se lo das, ¿no es así? Le llevas lo que ganas, ¿verdad?, cuando sabes que aquí te mantenemos de limosna, especie de galopin...

—No, dijo Sofía; Pablo me trae siempre su salario de la semana.

—Entonces, ¿de dónde saca el dinero? ¿Lo roba?.. ¡Ah! Andate con cuidado, chiquillo, porque en la familia todos somos honrados, y no consentiré que tú nos deshonres trayéndonos criaturas de la calle... Estoy harto de esas cosas y es preciso que se acaben... No quiero que vuelvas á poner los pies en casa de Rosita, ¿oyes, gandul?.. O bien elige entre los dos... Y ¡qué diantre!, ya puedes ir, si quieres, á casa de tu Rosita, á casa de esa chicuela que su padre se mató... é hizo bien, porque lo del robo no era claro...

—¡Tío!., exclamó Pablo, lleno de indignación al oír hablar así del padre de su amiga.

Su tía le retuvo.

Pero Bourasse se levantó furioso.

—¡Sí, un ladrón!., clamó colérico; y si prefieres esa gente á tu familia, anda y quédate con ellos, y que yo no vuelva á oír hablar de ti... ¡Así acabarás de estorbarnos!

El pobre amigo de Rosita se contenía á fin de no dejar estallar su dolor y su indignación con protestas que aquel bruto no hubiera comprendido y que no hubieran hecho más que aumentar su furor.

Pero desde aquel instante el muchacho tomó una resolución.

La de aprovechar la primera ocasión que se presentase para salir de aquella casa donde tanto había sufrido, á pesar del afecto de su tía Sofía y de sus primos.

No se sentía ahora con suficiente resignación para soportar tan irritante injusticia, pues ya no le atacaban á él solo, sino que atacaban á Rosita, á quien amaba más que á sí mismo.

Sin decir nada á Rosita del incidente que había provocado su resolución, Pablo se echó á buscar una colocación que le permitiese dejar á Pietro Lucci, y no tardó en encontrarla.

Ahora era ya grande, conocía bien su oficio, y aunque en casa del fumista de la calle de San Severino no le habían empleado hasta entonces más que como ayudante, sin duda para pagarle menos, se sentía capaz de desempeñar el trabajo de un obrero.

Encontró colocación en casa de un estufero fumista de la calle de Jussieu, M. Bonardel, que en punto á limpia de chimeneas sólo hacía la parte accesorias de su empresa, lo cual no era para disgustar á Pablo.

El Sr. Bonardel, admirado de la inteligencia del joven obrero, llevado de la verdadera simpatía que inspiraba, le dió para empezar dos francos cincuenta diarios y le empleó en el taller donde montaban las estufas de loza que llegaban en piezas de la fábrica.

Pablo abandonó, pues, á Pietro Lucci y no lo comunicó á su tío hasta terminado definitivamente el negocio.

Bourasse no se atrevió á echarlo de casa como le había amenazado con hacerlo, porque le retenía el dinero perteneciente á su sobrino y del cual tendría seguramente que dar cuenta; pero exigió que Pablo pagase un franco diario á su tía por su manutención y alojamiento.

Pablo se alegró de que las cosas hubiesen tomado aquel sesgo.

Ahora era más libre, puesto que ganaba dinero. Era considerado y tratado como un obrero en casa de su nuevo patrón, donde había emprendido el trabajo con ardor é inteligencia.

Con el franco cincuenta que le quedaba, podía atender á todas las necesidades de su amiguita, y de este modo no tocaban al dinero dejado por la señora Landry; ni siquiera tuvieron necesidad de recurrir á él para el pago del trimestre de alquiler de la casa, de tal modo había economizado.

Pablo pasaba ahora las veladas con Rosita y Jenny, pues aunque pagaba su pensión á sus tíos, prefería comer en casa de Rosita, adonde iba al salir del taller. Ayudaba en los trabajos domésticos, mientras su amiguita cuidaba de la niña, la acostaba y la hacía dormir. Se estaba allí hasta las nueve; y era para ellos una dicha inexplicable el encontrarse cada día reunidos junto á aquella cuna donde dormía la criaturita que habían prohibido.

Aquella dicha fué turbada por una gran desgracia.

La señora Landry, que había experimentado una mejoría tan grande que los médicos de la Caridad le habían prometido dejarla salir dentro de ocho días, tuvo una recaída y se puso grave.

Declaróse una bronquitis capilar, y desde aquel momento sus días estuvieron en peligro.

Su estado agravóse al extremo que Rosita fué autorizada para visitar á su madre todos los días.

Pablo la acompañó varias veces, profundamente apesadumbrado del peligro que corría la pobre mujer, á la cual quería como á su propia madre.

Llegó la catástrofe prevista. La señora Landry murió, ahogada por el mal ho-

rrible que sufría, y tuvo el consuelo de expirar en brazos de Pablo, de Rosita y de Víctor, que habían hecho venir de San Nicolás.

Les besó á los tres con la misma ternura, y las últimas palabras que brotaron de sus labios en su agonía fueron éstas:

—¡Pobres hijos míos!.. ¡Amaos siempre, siempre, siempre!..

Entonces, bajo la impresión de aquella catástrofe que les alcanzaba igualmente, operóse un cambio todavía más completo en el espíritu y en el carácter de Pablo y de Rosita.

Comprendieron más que nunca la responsabilidad que les incumbía.

Se hallaban en edad de no necesitar de nada. Pablo tenía dieciséis años, y Rosita quince.

Trabajarían con nuevo ardor, unidos por su cariño y por la ternura que sentían por Jenny.

La señora Bonnières quiso sufragar los gastos del luto de su aprendiz, que desde aquel día fué elevada á la categoría de obrera con dos francos diarios para empezar.

Pablo se ocupó de las formalidades funerarias para el entierro de la señora Landry.

Los religiosos de San Nicolás declararon que guardarían á Víctor, que sólo tenía once años entonces y cuya educación se encontraba pagada. Terminada su instrucción, una instrucción práctica, procurarían abrirle camino, como hacen con sus mejores alumnos.

El día en que el modesto convoy fúnebre salió del hospital de la Caridad para ir á la iglesia de San Germán de la Pradera y de allí al cementerio de Jory, pocas personas le siguieron. El pequeño cortejo sólo se componía de algunas obreras del taller de madame Bonnières, de la portera de la calle de Bernardinos, de la tía Sofia con su hija Teresa y de dos vecinas; pero Rosita, Víctor y Pablo iban al frente, y el coche mortuario llevaba las dos coronas que habían comprado.

Entonces, después de la inhumación, después del último adiós á aquella madre que les había unido al morir, Pablo y Rosita volvieron á encontrarse solos en casa, con «su hija», pues Víctor se había vuelto al colegio.

Hablaron largamente, después de llorar mucho, y con la confianza que da el amor recíproco, consideraron su porvenir.

—El alquiler de este piso es demasiado caro, dijo Pablo con el buen sentido y la seriedad de un hombre. Por ciento cincuenta ó doscientos francos te encontraré habitación en el barrio; ya verás.

—Pero di, exclamó entonces Rosita; ¿por qué no te vienes á vivir conmigo?

Pablo sintióse penetrado de una dulce emoción en presencia de aquella proposición ingenua, inspirada por el corazón de su amiga.

—Mamá nos lo dijo al morir, añadió tiernamente la adorable muchacha, «vivid siempre unidos,» nos dijo; «¡jamaos siempre!» Esto sería mucho más ventajoso, puesto que no tendrás que pagar ese franco diario á tus tíos! Mira, con los tres francos cincuenta que ganas y los dos que gano yo, reuniríamos cinco francos cincuenta por día! ¡Anda, ya verás cómo seré una buena ama de gobierno!, insistió amorosamente, con el brazo al cuello de su amigo. Cuidaré de tu ropa tan bien como tu tía Sofia... Será como si ya fueses mi marido, puesto que hemos de casarnos cuando tengamos la edad.

—Tienes razón, contestó Pablo Galoux pensativo.

—¿Verdad que quieres?

—Sí, Rosita, dijo el muchacho contestando á las afectuosas demostraciones de su amiguita; viviremos juntos y no nos separaremos jamás!

—¡Jamás!

—¡Jamás!

—Estaremos con nuestra hija, con nuestra bonita Jenny. Porque es nuestra, ¿verdad?.. ¡Nadie nos la vendrá ya á quitar!

—No, porque indudablemente sus padres han muerto. De lo contrario, se hubiera tenido noticias de ellos.

—Y más tarde, continuó la hija de Marcial, cuando Víctor salga de San Nicolás, vivirá también con nosotros y trabajará como nosotros. ¡Oh, qué felices seremos, cuando nos hallemos todos reunidos!

La desgracia estrechaba aún más el afecto de aquellos dos muchachos, y experimentaban más que nunca la necesidad de vivir en adelante el uno para el otro, ahora que ambos eran huérfanos.

Sería una existencia nueva, pero ¡qué dulce junto á la cuna de la pequeña Jenny! ¡Cuán llena de encanto en su intimidad de cada día, formada por aquel amor que se había desarrollado en su alma y que se manifestaría el mejor día en la plenitud de su fuerza!

Pablo se puso en seguida á buscar piso y no tardó

en encontrar uno que reunía las condiciones deseadas. Se hallaba situado en la calle de Descartes, al lado de la Escuela politécnica, en una de esas vastas y antiguas moradas que los propietarios han convertido en casas de vecindad. Era un tercer piso con dos piezas bastante grandes, sobre todo altas de techo, cuyo alquiler era de ciento sesenta y cinco francos anuales. Las ventanas daban al patio, pero era un patio grande, en el cual el aire y el sol penetraban abundantemente. Las habitaciones eran claras y la luz solar que penetraba en ellas tomaba verdosos reflejos de una magnífica acacia.

El día en que el amigo de Rosita anunció á su tío su intención de irse de la casa, hubo una escena violenta en la carbonería de la calle Galande.

—¡Mira los niños!.., exclamó el auvernés. ¡La ingratitud en persona!.. ¡Anda, sacrificate por ellos!.. ¡Mira cómo te recompensan!.. Hoy que ganas un poco de dinero... ¿Y á quién lo debes, galopin, sino á tu tío?.. Hoy que empiezas á hombrear, quieres ser libre... Estás harto de la casa paterna, de esta casa en que te recogimos de la calle, cuando la policía te había preso como vagabundo y te morías de hambre... Ya no consideras todo lo que hemos hecho por ti... Hoy que ganas dinero, ya no te acuerdas de la época en que te manteníamos por caridad, porque estuviste mucho tiempo sin ganar nada en casa de Pietro, cuando hacías de deshollinador... Pero, ¿sabes?, cuidado con lo que haces, porque una vez que hayas salido de esta casa, te juro que nunca en tu vida volverás á poner los pies en ella... ¿Oyes?..

Pablo dejó pasar aquella avalancha.

No pensaba siquiera pedir cuenta á su tío del dinero que le pertenecía. ¿No le había oído decir á menudo que aquel dinero no representaba la cuarta parte de lo que había gastado por él?.. Además, temía el furor de aquel bruto que, en materia de dinero, era intratable y entraba en una espantosa cólera á la sola idea de tener que despojarse.

Fué Sofia Bourasse la que habló del asunto. Era mujer honrada y sabía que aquel dinero pertenecía á su sobrino.

Habló de ello, pero no delante de su marido, á quien conocía perfectamente.

Fué ocultamente como dijo á Pablo, en el momento de la despedida de éste:

—No temas, que tu tío no te pejudicará en un céntimo. Todo el dinero que te pertenece se te será abonado, yo me encargo de ello... Cuando seas mayor de edad ó cuando te cases, si algún día te casas con Rosita, te lo haré entregar.

Y le besó cariñosamente, lo mismo que Teresa, ayudándole á empaquetar su ropa.

Hasta determinó que José, su hijo, fuerte como un costalero, hiciese con un carretón de manos la mudanza desde la calle de Bernardinos á la de Descartes.

Además del modesto mobiliario de Rosita, Pablo no tomó para sí más que una camita de hierro, que instaló en la pieza provista de una chimenea, pieza que al mismo tiempo serviría de dormitorio para él, de cocina y de comedor. Rosita dormiría con la pequeña Jenny en el otro cuarto, el más bello y vasto.

La primera noche en que se encontraron solos en su nuevo domicilio, fué cuando Pablo y Rosita experimentaron más vivamente los efectos de aquel cambio de existencia.

Estaban allí absolutamente como un pequeño matrimonio que hasta un hijo tenía.

¡Oh, cómo querían á la tierna Jenny!.. La querían más que nunca, ahora que recaía sobre ellos la responsabilidad de su educación.

La adoraban, porque sentían que sobre su cuna se cimentaba la unión de sus corazones tan cándidamente enamorados; porque se unían verdaderamente en la ternura común que ponían en «su hija.»

Se les hubiera admirado, si se les hubiese podido ver.

En su nueva vivienda no les habían pedido explicación alguna. Se les creía hermanos, y eran tan simpáticos, que se hacían querer tan pronto como se les conocía.

Así vivieron, amándose siempre lo mismo, trabajando ambos con ardor y adorando á su pequeña Jenny, que se ponía hermosísima, como su desventurada madre.

¡Juana!.. Una de las veces que hablaron de ella, de la «buena señorita,» de aquella pobre doña Juana que tan desgraciada había sido en su matrimonio, fué en las circunstancias siguientes:

Hacia ya mucho tiempo que no habían tenido de ella la menor noticia. Habían transcurrido cerca de tres años desde la muerte del padre de Rosita.

¡Tres años ya!..

—¿Qué habrá sido de la buena señora?, dijo la hija de Marcial. No hemos vuelto á ver al Sr. Laroche.

—Me dijeron, contestó Pablo, que se había retirado de los negocios después de todas aquellas desgracias. Volvióse á su país.

—Sí, pero ¿y su hija?

—No sé.

—¿Habrá muerto? Pero no; lo hubiéramos sabido.

—Quizá el Sr. Laroche la perdonó.

—¡Ay, tan feliz cómo merecía ser!.. ¡Quién hubiera dicho que iba á sufrir tanto!, dijo Rosita. Cuando pienso en ello, hasta me parece que Dios no ha sido justo.

Por consiguiente, ignoraban lo ocurrido.

Desde el día que Juana había ido á ver á la señora Landry, calle de Bernardinos, no habían vuelto á oír hablar de ella.

No conocían más que una pequeña parte de las desgracias de su amable bienhechora.

Juana, en la quinta del Cepellón, al lado de su padre, seguía loca.

Terminada su instalación, el Sr. Laroche se había puesto en relación con el doctor Verniere, y el alienista, ya al corriente de la enfermedad de Juana por una carta del doctor Desvallieres, se había apresurado á ir á la quinta.

Allí había pasado todo un día, estudiando cuidadosamente el aspecto y ademanes de la demente.

Pero, por la tarde, á las apremiantes preguntas del comerciante que le interrogaba inquieto, el sabio especialista no había podido contestar sino confirmando lo que ya había anunciado el doctor Desvallieres.

La cura no era imposible; hasta era probable, pero era cuestión de tiempo, de mucho tiempo, á menos que un incidente imprevisto dispase, con una violenta sacudida, la amnesia que oscurecía el cerebro.

Muchos días habían transcurrido desde entonces sin aportar la menor mejoría, y poco á poco el ex comerciante había ido perdiendo sus últimas esperanzas.

¡Su hija seguiría loca toda la vida!

¡Cómo sufría, el pobre padre, cuando le asaltaba este pensamiento atroz! ¡Cómo odiaba al miserable que le había robado á su hija! ¡Cómo maldecía al cobarde que había destrozado aquel corazón tan amante!

Con atenciones verdaderamente «maternales,» el Sr. Laroche vigilaba á Juana, no se apartaba casi nunca de ella, procuraba distraerla, dando con ella largos paseos, tratando de llamar su atención sobre los objetos que la rodeaban.

Todos aquellos esfuerzos resultaban inútiles. Juana no vivía más que de una vida automática, bajo la eterna influencia de una especie de éxtasis que tan pronto le inundaba los ojos de lágrimas, como hacía asomar á sus labios una pálida sonrisa, sin causas determinantes. ¿Una figura evocada hubiera tenido quizá el don de despertar algún eco en el dormido pensamiento de la pobre Juana? El recuerdo de su marido á menudo citado, el nombre de Edmundo pronunciado con frecuencia hubieran podido determinar una reacción favorable. Pero ¡ay!, esta idea no se le hubiera ocurrido al Sr. Laroche. Odiaba demasiado profundamente al que era causa de su espantosa desgracia.

XVII

¡LICENCIADO!

Luciano de Favreuse no había pegado los ojos en toda la noche, la última de su reclusión.

Aquella mañana, en efecto, iban á abrirse ante él las puertas de la cárcel de Etampes.

Su condena de tres años expiraba.

¡Cuántas veces, en horas sombrías de desaliento, había deseado el día bendito de la libertad!.. Y el miserable, recostado en su camastro, se asombraba casi de no experimentar una alegría más intensa, más profunda.

Sin embargo, iba á ser libre.

¡Libre!.. Luciano se repetía esta palabra como si sintiese la necesidad de afirmarse á sí mismo que no era juguete de un sueño, que dentro de algunos instantes se confundiría de nuevo con la multitud de los que van adonde les place, que hacen lo que quieren, sin que la ruda voz de un carcelero les imponga su autoridad y aniquile su albedrío.

Era á principios de marzo. Apenas amanecía, y la media tinta triste y pálida que entraba por las altas ventanas enrejadas del dormitorio de la cárcel daba á la gran sala de paredes desnudas un aspecto siniestro y frío.

La mirada de Luciano iba de una cama á otra. Hubiera podido poner un número en cada uno de aquellos rostros afeitados ó imberbes, pues ya hacía dos años que sus aptitudes y su docilidad ejemplar le habían valido el empleo muy codiciado de dependiente del contratista del trabajo de las cárceles.

(Se continuará.)

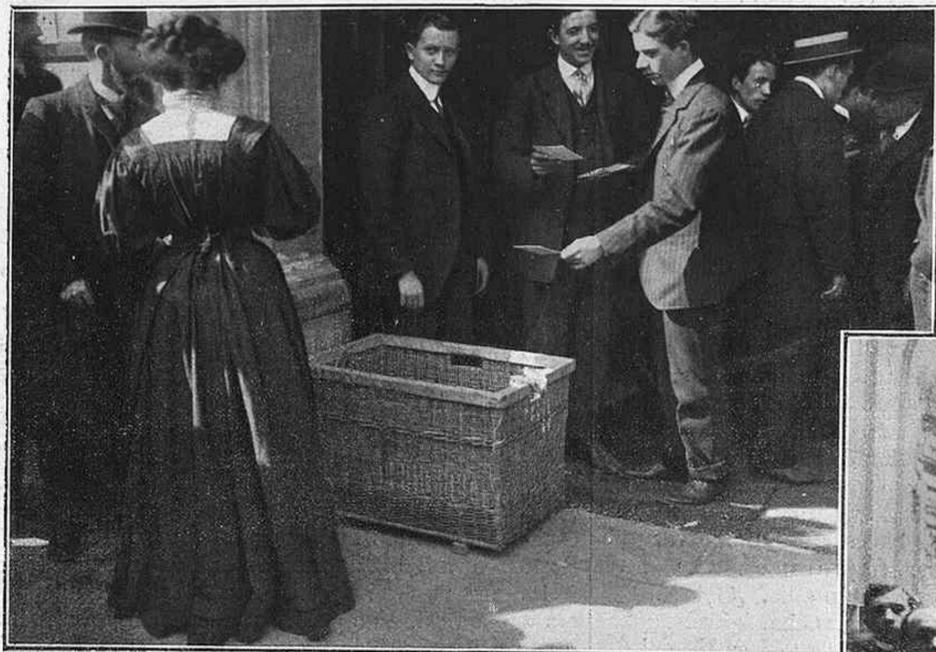
PARIS.—HUELGA DE FUNCIONARIOS DE CORREOS Y TELÉGRAFOS.—LA CÁMARA DE COMERCIO

A pretexto de que el gobierno no ha cumplido las promesas que recientemente les hiciera, los empleados de Correos y Telégrafos de París se han declarado nuevamente en huelga.

Correos y Telégrafos cuya destitución vienen pidiendo sus subordinados); el hombre poco nos importa. Lo que hay que destruir es el régimen.» «Nuestra instrucción, nuestra educación—manifestó otro—las ponemos á la disposición de la clase obrera, y será el proletariado en peso el que se sublevará.» «Esos señores del Parlamento—afirmó un tercero—que no han encontrado el modo de solucionar hoy el conflicto, lo solu-

poner, son ahora los más interesados en que la huelga subsista y se generalice.

Con motivo de esta huelga ha ocurrido un hecho que merece la pena de ser consignado. La Cámara de Comercio de París, que ya cuando la huelga de marzo último había ensayado la organización de un servicio de comunicaciones postales, habíase preparado debidamente para el caso de que aquella se reprodujese. Así es que, apenas iniciada la huelga última, pudo montar el servicio de un modo casi perfecto, convirtiendo temporalmente su domicilio social en una verdadera oficina de correos, atendida por ciento cincuenta empleados de la misma Cámara y de varias casas de comercio particulares. A la entrada del edificio colocáronse dos grandes cestas en donde dos empleados depositaban las cartas que se



Servicio de correos organizado por la Cámara de Comercio
Cesta para recoger la correspondencia

El ministerio Clemenceau ha procedido esta vez, desde los primeros momentos, con saludable energía, destituyendo á los funcionarios más levantiscos, y esto ha exasperado á los que se han propuesto perturbar constantemente el orden y trastornar uno de los servicios más importantes de toda nación, sin importárseles un ardite de los perjuicios inmensos, incalculables, que con ello causan á la sociedad en general y en particular al comercio y á la industria y á cuanto se relaciona con el trabajo y la actividad humanos.

El comité federal de los empleados de Correos y Telégrafos convocó un gran *métting*, que se efectuó el día 11 en el vasto salón del Hipódromo, que estaba enteramente lleno. No referiremos minuciosamente lo que allí se dijo, porque ya pueden imaginárselo nuestros lectores; sin embargo, no nos parece inoportuno recoger algunas de las declaraciones que los más exaltados hicieron. «Ya no se trata—dijo uno de ellos—del Sr. Simyán (el subsecretario de

cionarán cuando quieran; por lo que á nosotros toca, proclamamos la lucha y en ella perseveraremos.»

No hay que decir con cuánto entusiasmo fueron acogidas todas esas declaraciones y otras análogas, ni que, al ser consultados los concurrentes, millares de voces aclamaron unánimemente la huelga.

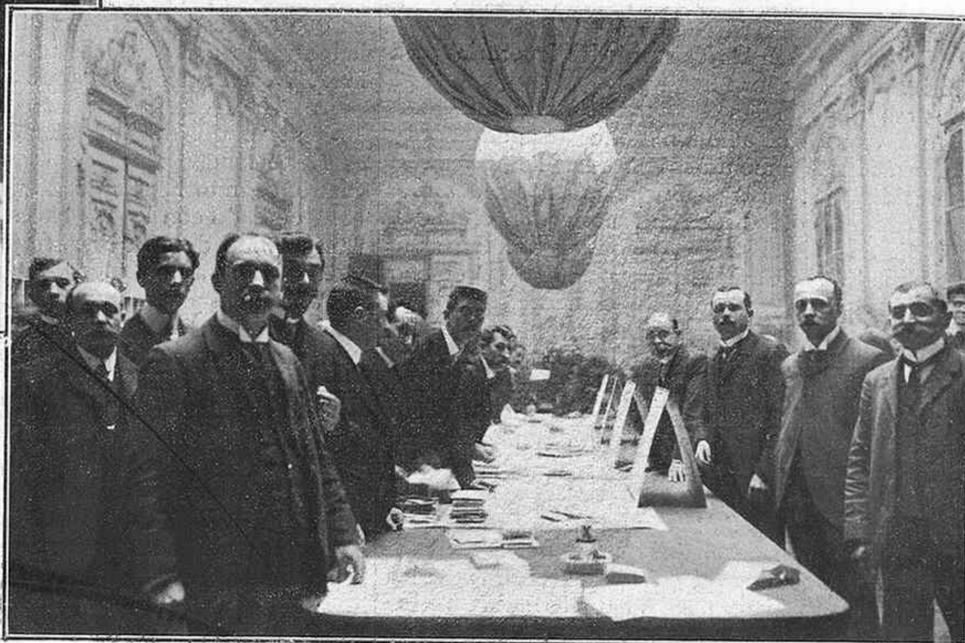
A pesar de todo, el movimiento puede darse por fracasado, no sólo porque fueron relativamente pocos los que desde el primer momento se adhirieron á él, sino además porque aun de estos pocos la mayoría volvieron en seguida á sus puestos, excepción hecha, naturalmente, de aquellos á quienes el gobierno ha declarado cesantes y que, como es de su-

les entregaban, después de haberse cerciorado de que estaban franqueadas debidamente.

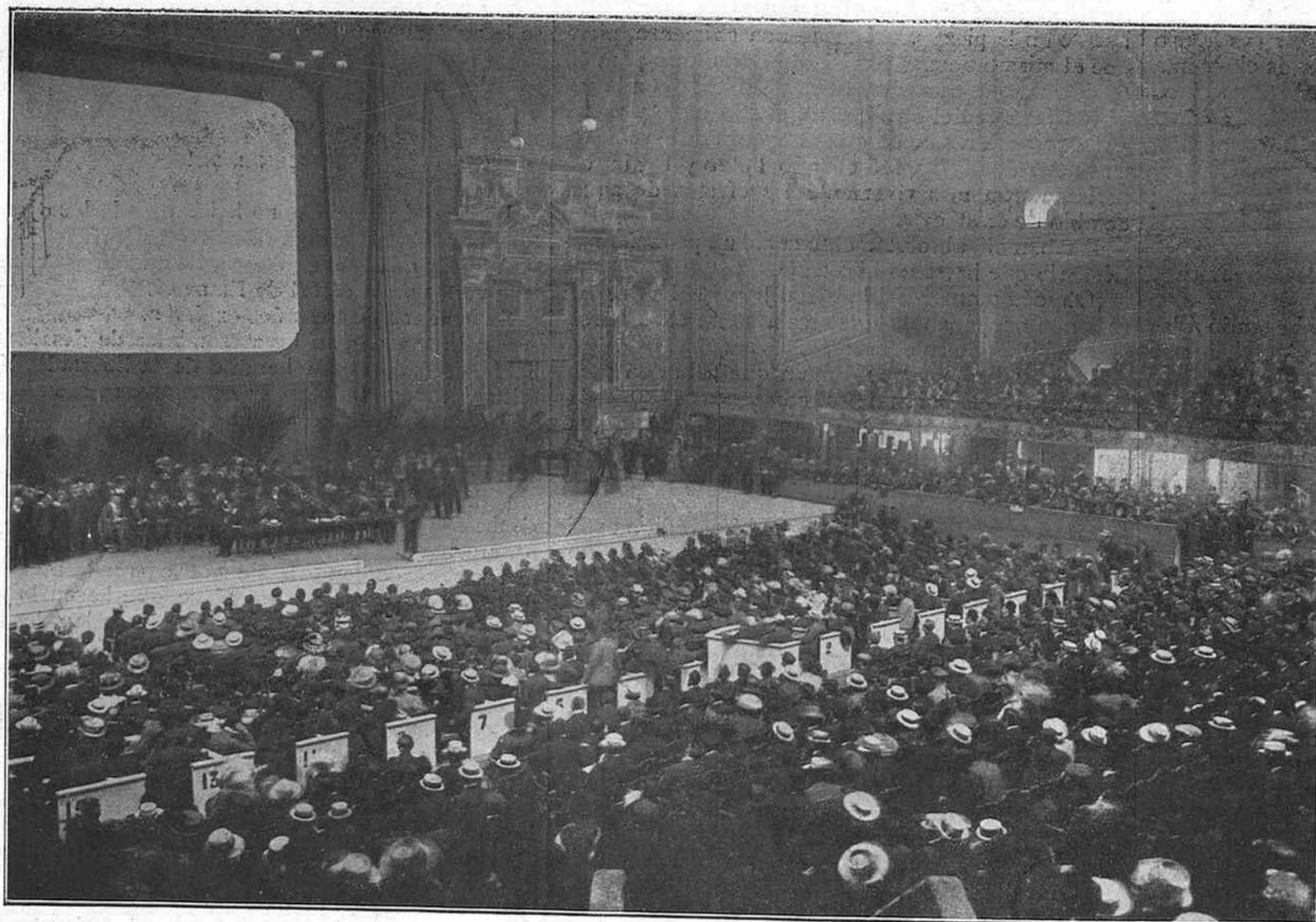
En uno de los salones del primer piso establecióse la oficina de apartado de la correspondencia, operación que se hacía, no por departamentos, como en el servicio oficial, sino por circunscripciones de Cámaras de comercio; y á medida que se efectuaba el apartado, las cartas clasificadas eran colocadas en grandes estantes, en los que cada Cámara de Comercio tenía su casilla especial. Una vez terminada esta clasificación, hacíanse paquetes con las cartas destinadas á las diversas cámaras y se llevaban éstos á las correspondientes estaciones ferroviarias, en donde empleados especiales se encargaban de ellas y las iban entregando durante el viaje á los agentes de las respectivas cámaras destinatarias. Estas á su vez procedían á la distribución de la correspondencia dentro de su demarcación, utilizando también el ferrocarril ó los automóviles, motocicletas, etc.

Como es natural, este servicio ha sido exclusivamente para los comerciantes y se ha prestado con la debida intervención de los funcionarios del Estado. Las Cámaras de Comercio, por consiguiente, no recibían más que cartas remitidas por un comerciante á otro comerciante; cartas remitidas por un comerciante á uno de sus clientes, y cartas remitidas por un cliente á un comerciante, estas últimas con la condición expresa de indicarse en ellas clara y precisamente la condición comercial del destinatario.

Gracias á esta organización, el servicio se ha prestado en condiciones inmejorables, á lo que han contribuido las facilidades que han dado las compañías ferroviarias, las de automóviles y muchos particulares.—S.



Sección de apartado de la correspondencia. (De fotografías de M. Ro y C.ª)



Meétting de empleados de Correos y Telégrafos celebrado en el Hipódromo. (De fotografía «Rapid.»)

COPA CATALUÑA

CARRERA DE VOITURETTES

CIRCUITO DEL BAJO PANADÉS

El jueves próximo pasado efectuóse la segunda carrera internacional de *voiturettes* del circuito del Bajo Panadés. Como de ella hemos de publicar en el número próximo la correspondiente información gráfica, dejamos para entonces la descripción del espectáculo en sus pormenores, y por hoy nos limitaremos á adelantar que en la carrera tomaron parte doce vehículos y que ganaron: Goux, en *voiturette* Lion Peugeot, la Copa Cataluña, la Copa de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, el premio Barcelona de 5.000 pesetas, la medalla de oro ofrecida por el círculo del Liceo y el reloj pulsera ofrecido por el Hotel Gran Continental de Tarragona; Sizaire, en *voitu-*

rette Sizaire-Naudin, la Copa de S. A. R. la Infanta D.^a Isabel y el premio de 3.000 pesetas de la Excelentísima Diputación Provincial de Barcelona; Soyez, en *voiturette* Werner, la Copa de la Cámara Sindical del Automovilismo y Ciclismo y 2.000 pesetas de las Sociedades de recreo y deportivas, y Pilleverdier, en

voiturette Hispano Suiza, la Copa del Real Automóvil Club de Valencia y 3.000 pesetas del Real Automóvil Club de España. El tiempo que emplearon los ganadores en recorrer las tres vueltas del circuito, equivalente á 364 kilómetros, fué: Goux, seis horas, ocho minutos y diez y seis segundos; Sizaire, siete horas, treinta y un minutos y cuarenta y seis segundos; Soyez, siete horas, treinta y ocho minutos y seis segundos; y Pilleverdier, siete horas, cincuenta y cinco minutos y veintinueve segundos.

La Copa Cataluña, es para el corredor que en menos tiempo cubra las trece vueltas del circuito, no se adjudicará definitivamente hasta que sea ganada dos veces por el mismo corredor. El año pasado la ganó Guiuponne. La Copa de S. M., para el corredor que en menos tiempo cubra las nueve primeras vueltas del circuito (252 kilómetros), deberá ganarse dos años consecutivos ó tres alternos por el mismo corredor para ser adjudicada definitivamente. Además de los citados premios había: la Copa Catasús, ofrecida por la casa Catasús y C.^a al conductor del coche que empleando el gas motor de fabricación de aquella casa obtuviese mejor clasificación; un cronómetro de oro, de la casa «Vacuum Oil Com-



Copa Cataluña, primer premio

Copa Catasús

Copa del Comité ejecutivo

Copa de S. A. la Infanta D.^a Isabel

Copa de S. M. D. Alfonso XIII

rette Sizaire-Naudin, la Copa de S. A. R. la Infanta D.^a Isabel y el premio de 3.000 pesetas de la Excelentísima Diputación Provincial de Barcelona; Soyez, en *voiturette* Werner, la Copa de la Cámara Sindical del Automovilismo y Ciclismo y 2.000 pesetas de las Sociedades de recreo y deportivas, y Pilleverdier, en

voiturette Hispano Suiza, la Copa del Real Automóvil Club de Valencia y 3.000 pesetas del Real Automóvil Club de España.

El tiempo que emplearon los ganadores en recorrer las tres vueltas del circuito, equivalente á 364 kilómetros, fué: Goux, seis horas, ocho minutos y diez y

seis segundos; Sizaire, siete horas, treinta y un minutos y cuarenta y seis segundos; Soyez, siete horas, treinta y ocho minutos y seis segundos; y Pilleverdier, siete horas, cincuenta y cinco minutos y veintinueve segundos. La Copa Cataluña, es para el corredor que en menos tiempo cubra las trece vueltas del circuito, no se adjudicará definitivamente hasta que sea ganada dos veces por el mismo corredor. El año pasado la ganó Guiuponne. La Copa de S. M., para el corredor que en menos tiempo cubra las nueve primeras vueltas del circuito (252 kilómetros), deberá ganarse dos años consecutivos ó tres alternos por el mismo corredor para ser adjudicada definitivamente. Además de los citados premios había: la Copa Catasús, ofrecida por la casa Catasús y C.^a al conductor del coche que empleando el gas motor de fabricación de aquella casa obtuviese mejor clasificación; un cronómetro de oro, de la casa «Vacuum Oil Com-

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS
 Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: **55 pesetas.**
 Montaner y Simon, editores. — Aragon, 309 y 311. Barcelona

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA
 CON LA HISTORIA DE SU CULTO
 EN ESPAÑA
 Dos tomos en folio, ricamente encuadrados,
 100 pesetas

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
 LOS VERDADEROS Y EFICACES
 PRODUCTOS BLANCARD

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
GATARRO — ASMA — OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F.^a G. SEGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.
PILULES de BLANCARD
 APROBADAS por la Academia de MEDICINA
al IODURO de HIERRO INALTERABLE
 DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES
 Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, Paris.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVOR**. DUSSE, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Desconsuelo, escultura en mármol de José Llimona, recientemente regalada por el Excmo. Sr. D. Domingo J. Sanllehy á la ciudad de Barcelona con destino á los Museos Municipales

En el extranjero abundan relativamente los donativos ó legados de obras de arte hechos por particulares á los museos; pero en nuestra patria, esos rasgos de generosidad son, por desgracia, muy contados. De aquí que sean más dignas de elogio las poquísimas personas que se desprenden de joyas artísticas de su pertenencia para enriquecer con ellas las colecciones públicas, proporcionando así á los más un placer estético ó una enseñanza provechosa que, de lo contrario, sólo pueden sentir ó aprovechar los menos.

El Excmo. Sr. D. Domingo J. Sanllehy ha sido una de estas rarísimas excepciones haciendo recientemente donación á Barcelona, con destino á los Museos Municipales,

de la preciosa escultura del laureado artista José Llimona *Desconsuelo*, que tan admirada fué en nuestra última Exposición Internacional de Arte y que el adjunto grabado reproduce. Con este rasgo de desprendimiento, tanto más meritorio cuanto que se trata de una verdadera obra maestra de uno de nuestros escultores más geniales, ha demostrado una vez más el Sr. Sanllehy el cariño que á nuestra ciudad profesa y del que tantas pruebas dió durante el tiempo en que estuvo al frente de la alcaldía. Por ello merece la gratitud del pueblo barcelonés.

¡Ojalá que el ejemplo del Sr. Sanllehy sirva de estímulo á los muchos que pueden y debieran imitarlo!

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 16, rue de l'Echiquier, París, que envía gratis su curioso librito.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.** Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal
cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{as}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Data de 1849 Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Se conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS
R. St-Denis, 16

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.